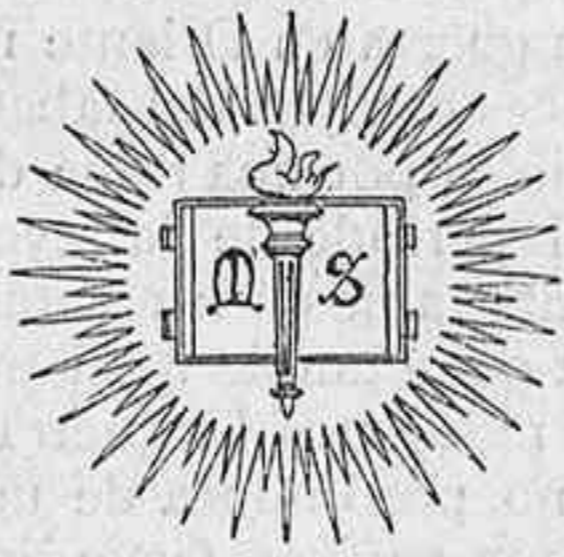


La Ilustración Artística



Año XVI

BARCELONA 6 DE DICIEMBRE DE 1897

Núm. 832

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BUEN COCINERO, cuadro de P. Bergeret

(Salón de los Campos Elíseos de 1897)

SUMARIO

Texto.— *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *José López Silva*, por José Juan Cadenas. — *Un desafío aplazado*, por Ricardo Palma. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Mi tío Juan*, novela original de José L'Hopital, ilustrada por Marchetti (continuación). — *El general D. Ignacio Andrade.* — *Eduardo Hagerup Grieg*, célebre compositor y pianista noruego. — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados.— *Buen cocinero*, cuadro de P. Bergeret. — *José López Silva.* — *Guerra de Cuba. Una finca arruinada. Guardia de un tren. Guerrilla cubana. Caballería en operaciones. Un fuerte español en el campo. Preparando las hamacas para pernoctar. Batallón de infantería peninsular. Tipos de soldados. Campamento de insurrectos. Insurrectos en un plantanar. Insurrectos saqueando un poblado. Guerrilla española.* — *Un rincón de Granada*, cuadro de Ricardo Brugada. — *Entrada del dique flotante en el puerto de la Habana.* — *Llegada del general Blanco á la Habana. El general y la comitiva pasando por delante del Templete.* — *Comida de boda en Andalucía*, cuadro de P. Salinas. — *Presagio feliz*, cuadro de A. Schram. — *Pequeño Palacio de Bellas Artes que se construye en los Campos Eliseos de París y plano de dicho palacio.* — *María Durand*, centenaria que vive actualmente en Auberville (Francia). — *El general Ignacio Andrade*, recientemente elegido presidente de la República de Venezuela. — *Eduardo Hagerup Grieg*, célebre compositor y pianista noruego.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Cuestión de Cuba. — Importancia y trascendencia de esta cuestión. — Interés univesal por ella despertado. — Método seguido por los estadistas de la revolución y método seguido por los estadistas de la restauración en los conflictos cubanos. — Facilidad con que los revolucionarios convertimos la guerra en un pleito vulgar. — Monomanía de las grandezas. — Julio Ferrer, Francisco Crispi, Antonio Cánovas. — Las guerras tropicales no pueden jamás confundirse con las guerras europeas, porque no es neutral en aquéllas la naturaleza. — Nuestros soldados no pelean jamás con los enemigos, pelean siempre con los elementos. — Reflexiones. — Conclusión.

La cuestión cubana sobrepuja en alto y vivo interés á todas las cuestiones continentales é intercontinentales que hay planteadas y extendidas en el planeta. Inútilmente Francia trata de sus próximas elecciones y eleva discursos numerosos con sendos programas cada uno, ya de oposición, ya de gobierno; en vano Italia reanuda alianzas con Inglaterra, en requerimiento de su indispensable seguridad mediterránea; en vano el imperio austriaco amenaza escindirse por las competencias y luchas entre las tribus y razas diversas, que llegan desde los griegos hasta los turcos y que no se rinden jamás á la superior unidad imperial; en vano Alemania pugna con su emperador que pide y desea numerosas escuadras negadas por su Parlamento; en vano se desarrolla cada día más y se afirma el pacto franco-ruso, que ha rehecho el equilibrio europeo; en vano los tratos de paz entre Grecia y Turquía se dilatan promoviendo mil enojosas cuestiones; en vano aglomera el imperio sajón sus naves en Malta con indicaciones de que defenderá el Niger y las posesiones al Niger cercanas, si es preciso con una guerra, mientras iza el imperio germánico su pabellón en territorio chino, so color de proteger á los cristianos: nadie se cura de todos estos problemas y todo el mundo vuelve los ojos á la isla que arde bajo un tremendo incendio sobre los mares de las Antillas y so los cielos del trópico. Consejos de la diplomacia europea, artículos de las más importantes publicaciones, tratados y estudios de las revistas principales, hasta conversaciones privadas en Londres y en París y en Viena y en Berlín ponen sobre todos los asuntos el asunto cubano, á causa de la importancia que siempre tuviera nuestra patria en la historia y del choque tremendo que puede sobrevenir por el problema cubano entre dos continentes.

* *

Así habremos de consagrar á este problema especial atención. Yo no sé cómo nos las compusimos en los tiempos revolucionarios, que teniendo la cuestión cubana el mismo aspecto guerrero de hoy, nunca embargó nuestros ánimos, ni agitó nuestros nervios, ni alarmó nuestros intereses, ni trascendió á la política interior y extranjera, como trasciende la cuestión cubana presente, de una exacerbación y de una gravedad incalificables. Los revolucionarios supimos no desangrar al país con esos numerosos ejércitos de ahora, que han tendido agostada la flor de

nuestra juventud sobre la proterva manigua; los revolucionarios declinamos en Cuba el gasto de la guerra, puesto que la sostenía Cuba, y ocurrimos á las bajas con recluta voluntaria bien pagada y bien satisfecha; los revolucionarios nunca nos dividimos en la cuestión cubana, teniéndola todos por una cuestión eminentemente nacional; los revolucionarios aislamos la guerra en Oriente imposibilitada de invadir los feraces campos del tabaco, del café y de la caña, intangibles por una sabia defensa é intactos durante todo el período de la revolución; los revolucionarios contestamos á los Estados Unidos con la noble altivez que cumple á un pueblo conocedor de su fuerza, y redujimos la guerra transatlántica en términos que no pasó nunca de un pleito vulgar y ordinario, aunque tuviera fecundidad tristísima de daños y perjuicios para la patria. Entonces la guerra tuvo una grande organización, las familias más patricias del antiguo régimen colonial y esclavista la dirigieron, hombres de gobierno muy probados y muy expertos la gobernaron, una constitución muy bien formulada contuvo sus principios y un partido muy bien nutrido la mantuvo con sus holocaustos de sangre y con sus tributos de dinero. Pero todo supimos superarlo dejando la guerra en tales términos reducida, que por su poca importancia sólo podría compararse á la sustentada en período de treinta y más años por los holandeses de Sumatra.

* *

Pero hemos llegado á una edad en que pasa por Europa entera el viento de esa manía de las grandezas, que tanto se parece, aunque por opuesto sentido, á la otra manía llamada de las persecuciones. Reclusas dentro de sus límites las viejas nacionalidades europeas, han soñado con las grandezas coloniales y han convertido por su mal en problemas inmensos, dificultades vulgarísimas que acaso hubieran podido superar mejor y con más acierto reduciéndolas á términos modestos y apreciándolas en menos. Tres grandes hombres contemporáneos han sufrido golpes tremendos de la suerte por generosas ambiciones patrióticas, que les movían á empresas dignas de su genio, pero inadecuadas al punto y al tiempo en que se plantearan. Hacer grande, muy grande, intentar cosas extraordinarias, fué la idea de Ferrer en Asia, la idea de Crispi en Africa, la idea de Cánovas en América. Y el primero cayó del gobierno y desapareció ante sus conciudadanos para siempre, sin alcanzar una rehabilitación justa, sino á la hora de su muerte, por el Tonkín; á su vez el segundo, estadista de gran fuste, muy enérgico y muy tenaz, perdió el gobierno y la dirección de su Italia, por Eritrea; mientras el tercero, el mayor de los tres por su alta elocuencia y por su profundo entendimiento, nos ha dejado la cuestión cubana el día de su terrible muerte, metida en inmensa marisma de lágrimas y sangre. No pueden medirse las guerras tropicales en territorios apartadísimos caldeados como un horno por cielos ardientes, como se miden las guerras europeas. En Europa el clima se nos aparece neutral entre los combatientes, en el Trópico está por nuestros enemigos y contra nosotros elemento de suyo tan vital como el clima. Y cuando expedimos nuestros soldados de aquí, los expedimos para que combatan con los hombres, y luego al llegar allí tienen que combatir estos infelices, héroes y mártires á un mismo tiempo, con los elementos. No hay nada que suscite tanto entusiasmo en el soldado español como tener visible y palpable su enemigo enfrente; pero nada que lo rinda y lo desespere como luchar, no con facciosos en armas, con invisibles microbios.

* *

Debimos indudablemente considerar que guerras como las guerras tropicales, mantenidas desde puntos inaccesibles, ayudadas por maniguas inextricables, servidas por el cólera disuelto en las aguas y por la fiebre palúdica disuelta en los aires y por el vómito tan asolador y espantoso, deben sujetarse á reglas diversas de las que rigen los grandes combates europeos. Cuando no se acude á ningún llamamiento, cuando no hay espacio siquiera donde citarse á combatir, cuando se libran á las enfermedades inevitables el estrago que hacen los combates heroicos, se necesita someter á estas fatalidades el plan de una guerra que no puede medirse por nuestras experiencias y que no puede saberse por nuestra táctica, pues el mayor número, decisivo en todos los empeños guerreros, aquí resulta muchas veces para la persecución de los facciosos y para el triunfo sobre sus desparramadas huestes una verdadera impedimenta. Son indispensables las largas aclimataciones,

indispensable una grande adaptación al medio ambiente predecesora de la guerra, indispensable poseer un ejército colonial de que pueden darnos base y ejemplo los heroicos voluntarios cubanos y las milicias filipinas que nos han servido en estos últimos trances, para seguir las guerras tropicales en que huelgan los soldados bisoños, que suelen ir como borregos y suelen tornar como sombras. Así es indudable que nuestra guerra de Cuba, la cual habrá de resolverse siempre por la victoria definitiva de la Península sobre sus ingratos colonos, hubiese ahorrado numerosos males y hubiera tenido aspecto menos agudo ahora, si en vez de aglomerar allí tal número de gentes como jamás los contara la historia, trasladados del viejo mundo al nuevo, nos redujéramos á guardar nuestras poblaciones y á impedir por las trochas y demás métodos ya sabidos desde otros tiempos el paso de los rebeldes desde las estériles zonas del Oriente á las feraces zonas de Occidente.

* *

Amén de todo esto, yo he creído y sigo creyendo que no debía la cuestión cubana promover partidos contrarios y suscitar fórmulas diversas de solución, cuando nosotros hemos sido provocados por la manigua, y ya provocados, heridos, puestos en la necesidad inevitable de salvarnos ó defendernos, debiendo por esto responder á la guerra con la guerra. ¿Qué significa eso de programas opuestos, de soluciones contradictorias, como si de un pueblo se tratase sobre quien ejerciéramos dominio entero y pacífico? Yo he visto que al promoverse la guerra separatista en los protervos estados yankees de la esclavitud contra los estados del Norte, jamás éstos ofrecieron á sus contrarios ningún programa favorable á sus intereses, los exterminaron con todo cuanto pudieron. Las correrías de quinientos mil caballos por los campos del Sur, el incendio de Rismond asolado, la entrada en la grande Nueva Orleans reducida como los pueblos rendidos por los Orleáns antiguos á la miseria, el trato infligido á los facciosos cuyas tierras se calificaban de territorio, tratándolas en aquel tiempo los vencedores como trataran siempre á los indios, demuestran que los Estados Unidos, quienes hoy nos exigen tantas blanduras con nuestros facciosos, han contestado la guerra con la guerra y han repelido la fuerza con la fuerza. Una guerra es un estado excepcional morboso, en que las funciones naturales y ordinarias de la vida se suspenden por fuerza, resultando hasta la nutrición tan indispensable á toda normalidad, esa nutrición que nos sustenta y mantiene, peligrosísima y dañosa. No conozco territorio en estado de guerra que no necesite medidas excepcionales. Y cuando esta guerra cruel no recuerda ningún humano sentimiento, hasta valerse de la dinamita y de las balas explosibles prohibidas por el derecho de gentes contemporáneo, lo excepcional del ataque impone una defensa también excepcional. Así exclamo viendo todo lo que vemos: ¡Dios salve á la Patria!

Madrid, 27 de noviembre de 1897.

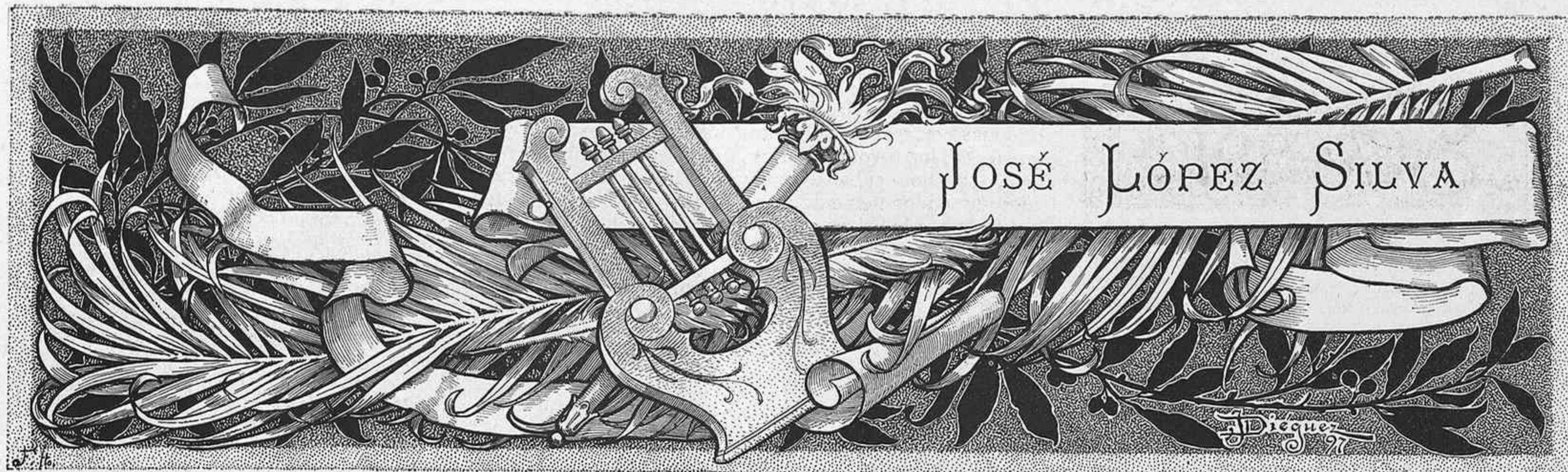
PENSAMIENTOS

Muy á menudo leemos ú oímos decir: «La ópera fué representada en presencia del autor, el cual ha quedado plenamente satisfecho.» De este modo una representación es considerada como una tradición por otros teatros. Y sin embargo, esto sólo es posible en Italia y también, aunque en menor escala, en París, en donde una obra se estudia durante seis y hasta ocho meses; en donde todo, desde la contrata de los artistas hasta la forma de calzado que éstos han de usar, depende del compositor; en donde éste enseña por sí mismo á las cantantes sus respectivos papeles, y con el director de orquesta, el director de escena, el pintor, el sastre, los maquinistas, etc., lo dispone todo hasta los menores detalles. Pero en otros países en donde al estudio de una ópera pueden dedicarse á lo sumo ocho semanas, en donde los papeles han de repartirse entre el personal que se tiene á mano, en donde el director de orquesta, que es quien enseña la obra, y el director escénico, que la pone en escena, son genios tan colosales que acogen con un compasivo encogimiento de hombros las observaciones del compositor, en donde éste no ve las decoraciones y los trajes hasta el día del ensayo general, es decir, veinticuatro horas antes del estreno (y esto no siempre ni en todas partes), y si no le parecen bien oye por toda respuesta que ya es tarde para cualquier modificación, ó que lo que él desea sería demasiado costoso: en estos países, digo, el autor no tiene más remedio que decir que sí á todo y poner á todos buena cara en la noche del ensayo general á fin de que su obra no se malogre y de no desanimar á los artistas con sus censuras. Y esto se convierte luego en el suelto de periódico «La ópera fué representada, etc., etc.» según queda copiado al principio.

* *

No son los caníbales los únicos antropófagos; también los demás hombres se devoran unos á otros, con la particularidad de que los primeros sólo se comen el cuerpo y nunca lo más noble del ser humano, como los otros hacen.

ANTONIO RUBINSTEIN



JOSÉ LÓPEZ SILVA

Todo el que haya leído los sabrosísimos romances chulescos del simpático autor de *Las Bravías* no podrá menos de exclamar al conocerle personalmente: — ¡Este es mi hombre!

Efectivamente, el autor y creador á un tiempo de aquellos deliciosísimos tipos que en todas sus conversaciones tratan siempre las más arduas y complicadas cuestiones de actualidad palpitante, no tenía más remedio que ser así...

Alto, moreno, de facciones pronunciadas que adornan negras patillas, de las que entre la gente *cañí* son conocidas con el *rótulo* de boca de *jacha*, López Silva no puede prescindir, para que todo en él resulte apropiado á las circunstancias, de cierto aire jacarandoso y chulón.

Y no puede ser de otra manera... Al ver á López Silva surge instantáneamente en todos el recuerdo de los diálogos de la «gente del bronce,» los romances que más nos han impresionado por su incomparable corrección y gracia, todo, en fin; y parece que oímos hablar al lado nuestro al mendigo que discute la bondad de su oficio razonando de la manera que conocemos:

«Mira, *Pucheta*;
yo alquilo un chico que tiene
descoyuntás las dos piernas,
y saco en un par de días
más que tú en semana y media,
y fumo de *cuarterón*,
y le pago el cuarto á *aquella*,
como es debido, y no tengo
que pasar por la vergüenza
de comer patatas viudas
delante de quien me vea...»

Esto, que es una verdadera apología de la mendicidad, es al mismo tiempo realidad triste y desconsoladora... Así son la mayor parte de nuestros mendigos; porque hay muchos necesitados, pero no son menos los que han hecho de la caridad una profesión lucrativa como pocas, que explotan con el cinismo más escandaloso.

Véase, pues, si López Silva es moral ó no en sus escritos, y si éstos tienden á corregir los vicios, defectos ó impurezas de nuestra clase baja.

Si esto fuese motivo de discusión, que afortunadamente no lo es, porque todos admiramos como merece la labor del culto poeta festivo, aunque la discusión se enconara, no habría quien rebatiera estos razonamientos como refutan su discurso al *Efrigenio* de *Los Traperos en el Centenario*, al cual decían:

«Así discute
cualquier mula de varas, *Efrigenio*,
pero no un hombre docto...»

Ni se llegarían á *verter* en el debate «epítetos injuriosos» como los que se cruzaron al final de aquel célebre *meeting* forjado en la imaginación del saladísimos autor:

— «Su Señoría
es un morral vendido á los burgueses,
que no *quedará* tomarse, de seguro,
cuatro golpes conmigo á la intemperie.
— ¡Y cuarenta y dos mil!
— ¡Mentira!
— ¡A verlo!
— ¡Granuja!
— ¡Sin vergüenza!
— ¡So castrense!»

López Silva es además acreedor á todo nuestro respeto porque es un carácter. Su voluntad de acero, la confianza en sus méritos son las condiciones que más le han ayudado para conquistar el puesto que hoy ocupa, desde el vulgar mostrador de una

tienda de sedas de la calle de Toledo, donde López Silva comenzó siendo hortera.

Asombra su laboriosidad, y nadie sabe cuándo descansa el inagotable romancista y autor. En la actualidad es tenedor de libros y cajero de una importante casa de comercio de la corte, en cuya oficina está desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche; y á pesar de eso, vémosle por las noches en los estrenos, ó *figsando* en los escenarios, y acude con frecuencia á las tertulias donde se trasno-



José López Silva

cha... ¿Cómo puede verificar este milagro? ¡Quién lo sabe! Pero al día siguiente asiste puntualmente á la oficina, y luego á las reuniones de compañeros y amigos, y aún le queda tiempo para publicar cien versos en *Madrid Cómico* y doscientos en el *Heraldo*, y para estrenar una obra y exhibirse en todas partes, pues no hay acontecimiento ni suceso, por insignificante que sea, que López Silva no presencie.

Acudió López Silva con sus primeras coplas al buzón de *Madrid Cómico*, donde Sinesio Delgado, habituado ya por larga experiencia á hacer la oportuna selección de lo bueno y malo que le remiten, vió en los originales del nuevo remitente condiciones que otro cualquiera no se hubiese tomado el trabajo de estimular, y como en la época en que esto sucedía gozaba el semanario madrileño de más importancia que en la actualidad, López Silva logró hacerse nombre rápidamente.

Sinesio Delgado ha sido indudablemente quien más le animó á seguir por el camino emprendido, y es indiscutible que la mitad del nombre adquirido débelo al celebrado director de *Madrid Cómico*, que no hace mucho decía de la labor literaria de López Silva, entre otras cosas:

«Sobre todo
sabe dibujar de un modo
la gente de gorra y faja
que grita, riñe y trabaja,
tíma, se emborracha y pega,
que en este punto, quizás
nadie le aventaja... más
que Ricardo de la Vega.»

Con las primeras composiciones chulescas de López Silva coincidió el estreno de alguna de sus pro-

ducciones teatrales; pero el público no estaba, por lo visto, suficientemente preparado para juzgar los méritos del nuevo autor, y por este motivo, quizá, aquellas obras no lograron obtener más que un recibimiento frío é indiferente.

Esto hizo mala impresión en López Silva, y llegó á creer que en el teatro nunca acertaría; por eso cuando alguien le animaba á que escribiera obras teatrales, decía *sotto voce*:

«Le doy las gracias... por fórmula,
y digo, allá en mi interior:
— Este, si no es un borrico,
tiene muy mala intención.»

Porque el autor de *Los descamisados* maneja la sátira con gran facilidad é ingenio, y es una cosa que todos saben la improvisación contra un crítico chirle que con piadosa intención le maltrataba, y al que, noticioso de ello López Silva, disparó cuatro versos que le taparon la boca.

Decía López Silva:

«Yo me caliento los cascos
y, aunque mal, compongo versos,
tú también te los calientas...
¡y no puedes andar luego!»

Hace algún tiempo comenzaron á ponerse en moda los diálogos de López Silva, y llegaron hasta á representarse en distintos teatros de la corte. Juzgó López Silva que esta era la ocasión más á propósito y escribió varias obras que lograron éxito completo.

Las Bravías recientemente han venido á satisfacer al público, y han colocado á López Silva á la altura que sus méritos reclamaban, premiando así su laboriosidad y talento indiscutibles.

Ha conseguido también López Silva algo muy difícil, casi imposible, dada la indiferencia con que el público de este país contempla el desarrollo lento y perezoso de nuestra vida intelectual. ¡López Silva agota las ediciones de sus libros! De *Los barrios bajos* y *Los Madriles*, libros últimamente publicados, se han agotado algunas con rapidez verdaderamente asombrosa.

Es quizá el único poeta festivo que en la actualidad puede echar un libro á la calle en la seguridad de que ha de producirle rendimientos grandes, cosa que hoy consiguen muy pocos. Como son muy pocos también los escritores solicitados continuamente por editores de todas partes, como sucede á López Silva, al cual se hacen proposiciones ventajosas hasta para coleccionar en libros las poesías ya publicadas en periódicos y revistas.

Este éxito, esta admiración que en todos producen sus trabajos, ha animado á muchos á cultivar el mismo género, y aunque á alguno de estos imitadores el «maestro» le distingue con su benevolencia y protección decidida, el discípulo, sin primera materia, no pasa de ser un imitador vulgar, y como es consiguiente, carece de la espontaneidad y gracia necesarias.

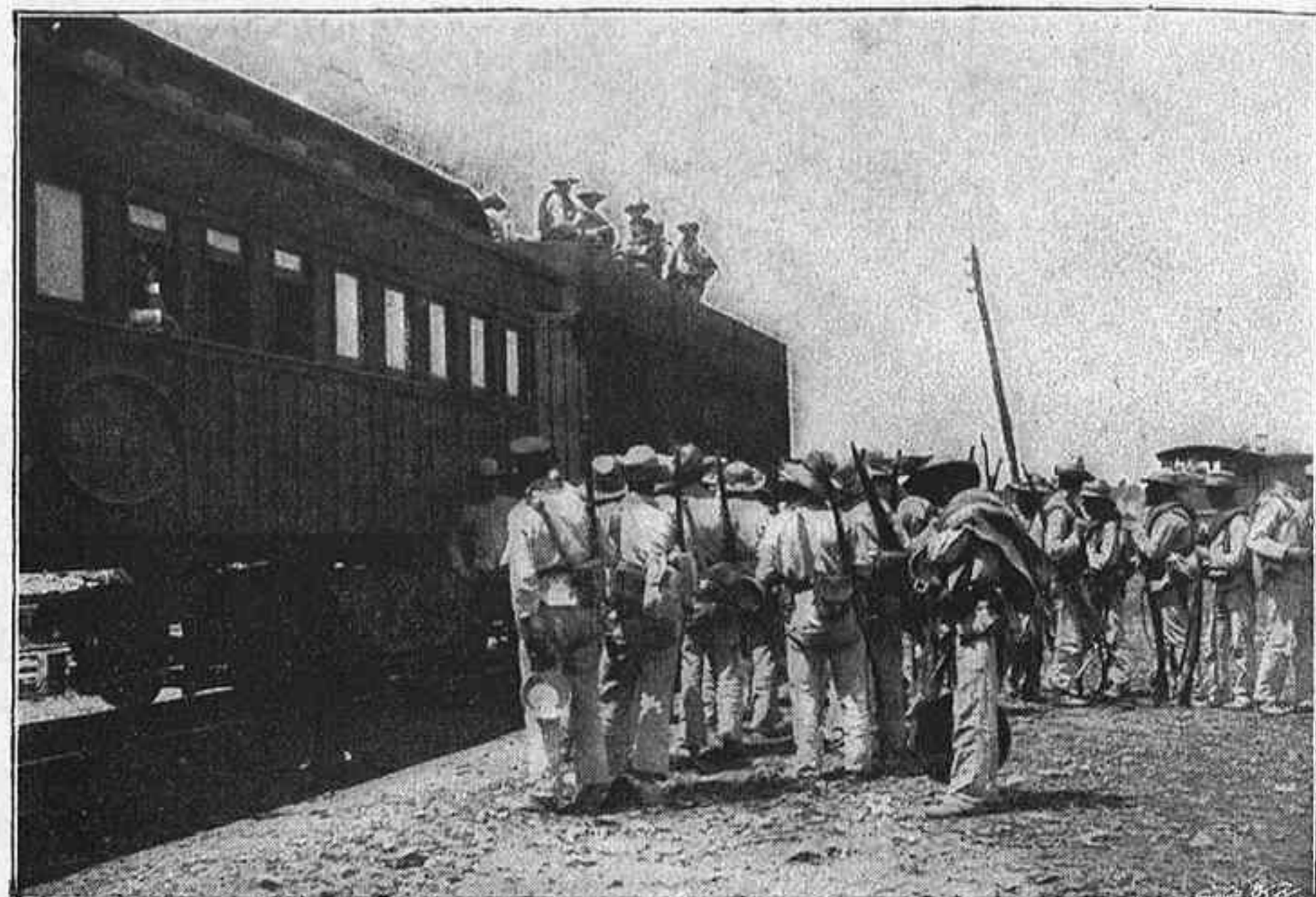
Es un género tan difícil de imitar el que López Silva cultiva, que en vano se esfuerzan algunos en competir con él; siempre salta á la vista la comparación y de la comparación brotan las diferencias.

Luego, ¡es tan completa la personalidad de López Silva! Hasta tal extremo es esto cierto, que cuando hace poco tiempo, en una de las fiestas organizadas en la *Asociación de la Prensa* vi á López Silva por primera vez vestido de frac y leyendo uno de sus más primorosos diálogos chulescos, me pareció que no estaba en carácter, que le faltaba algo...

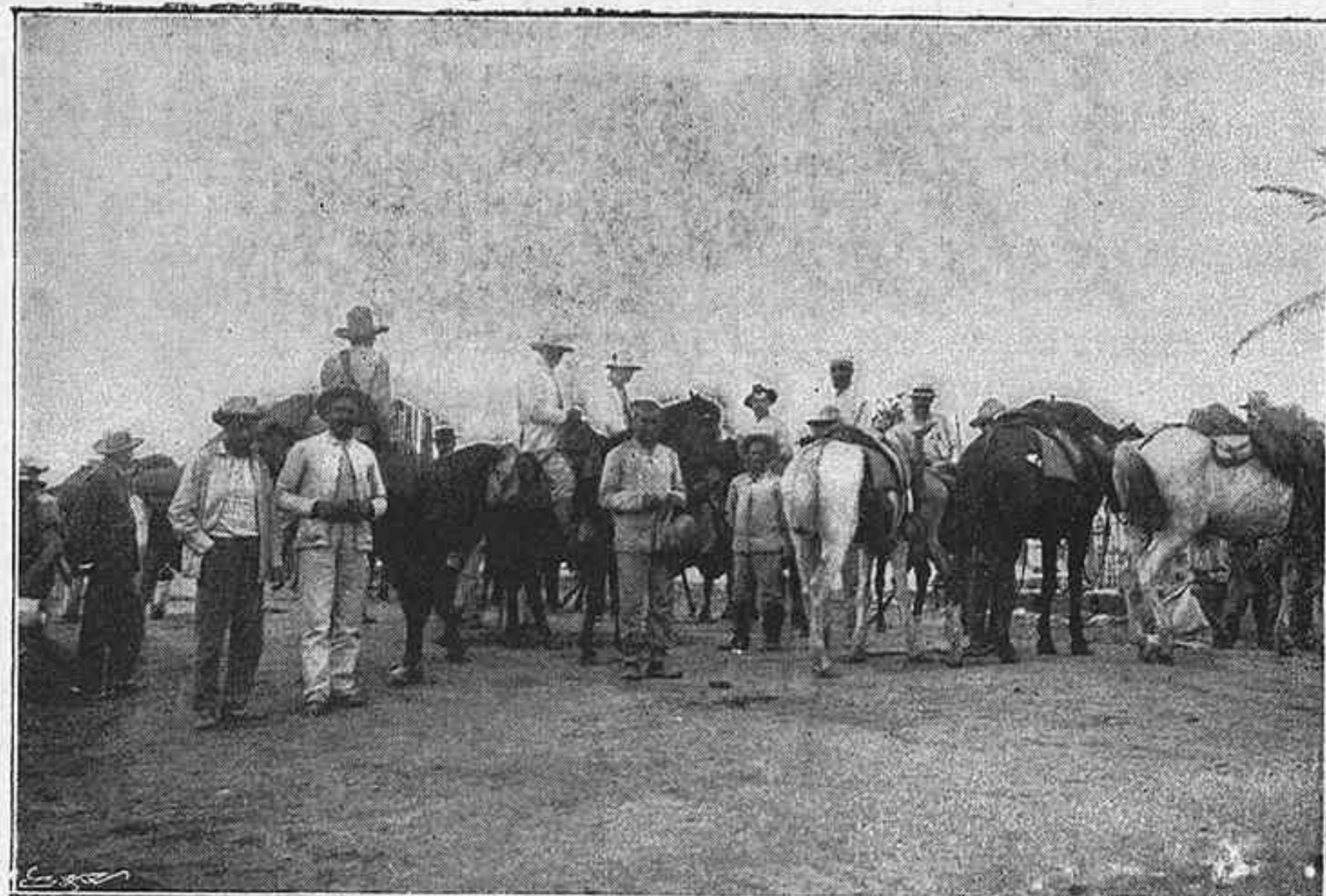
Le faltaban su sombrero hongo, su americana de



UNA FINCA ARRUINADA



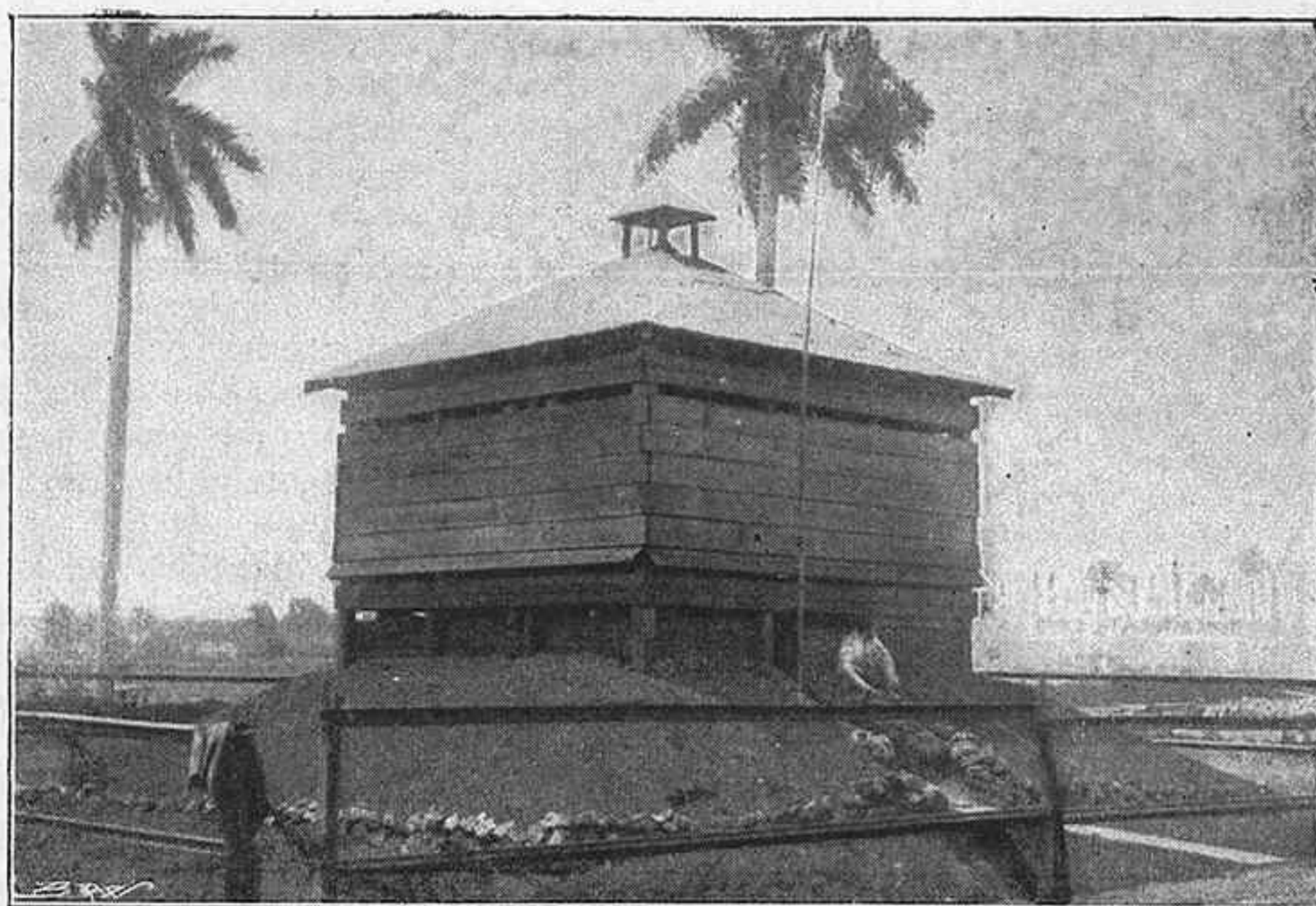
GUARDIA DE UN TREN



GUERRILLA CUBANA



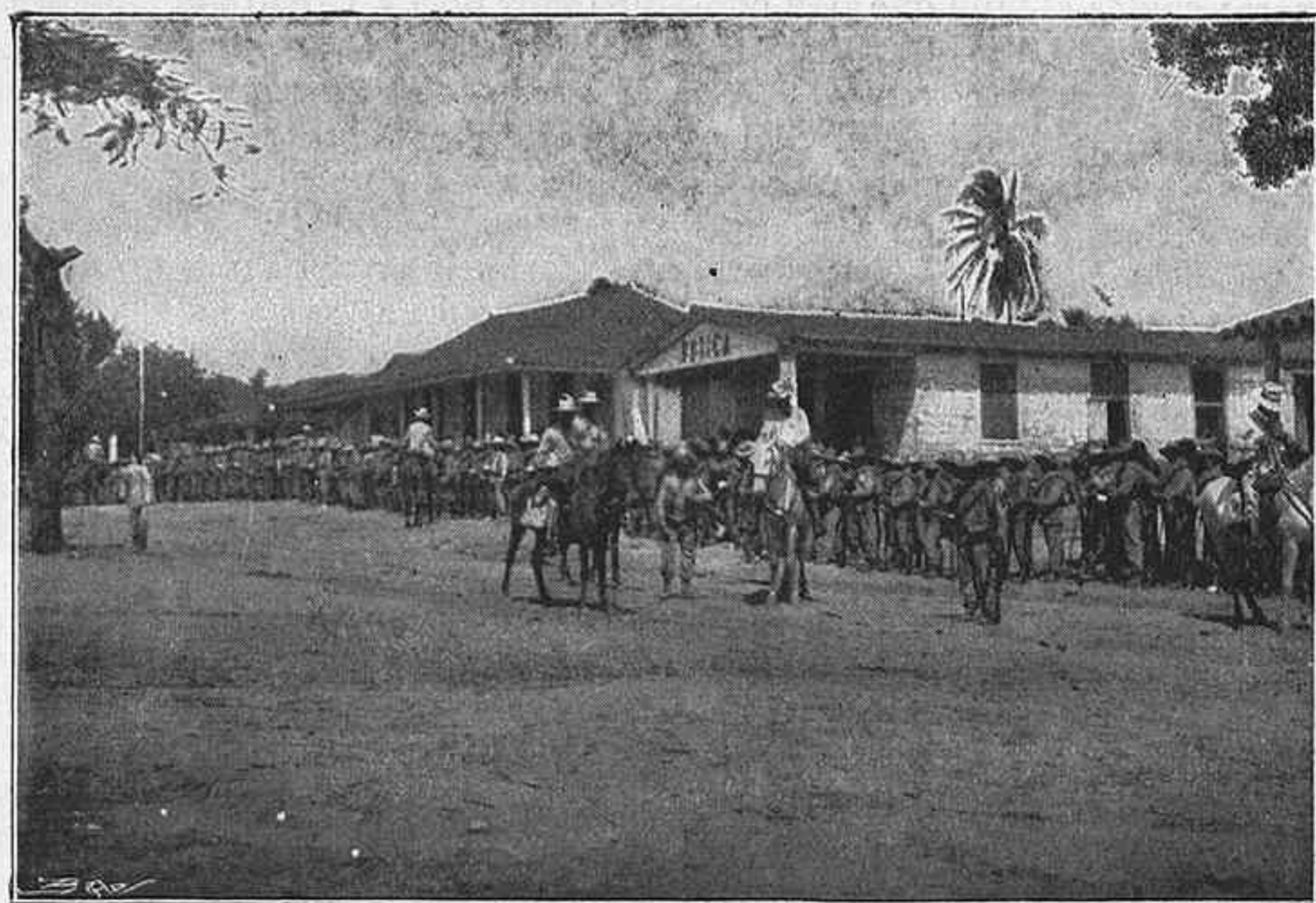
CABALLERÍA EN OPERACIONES



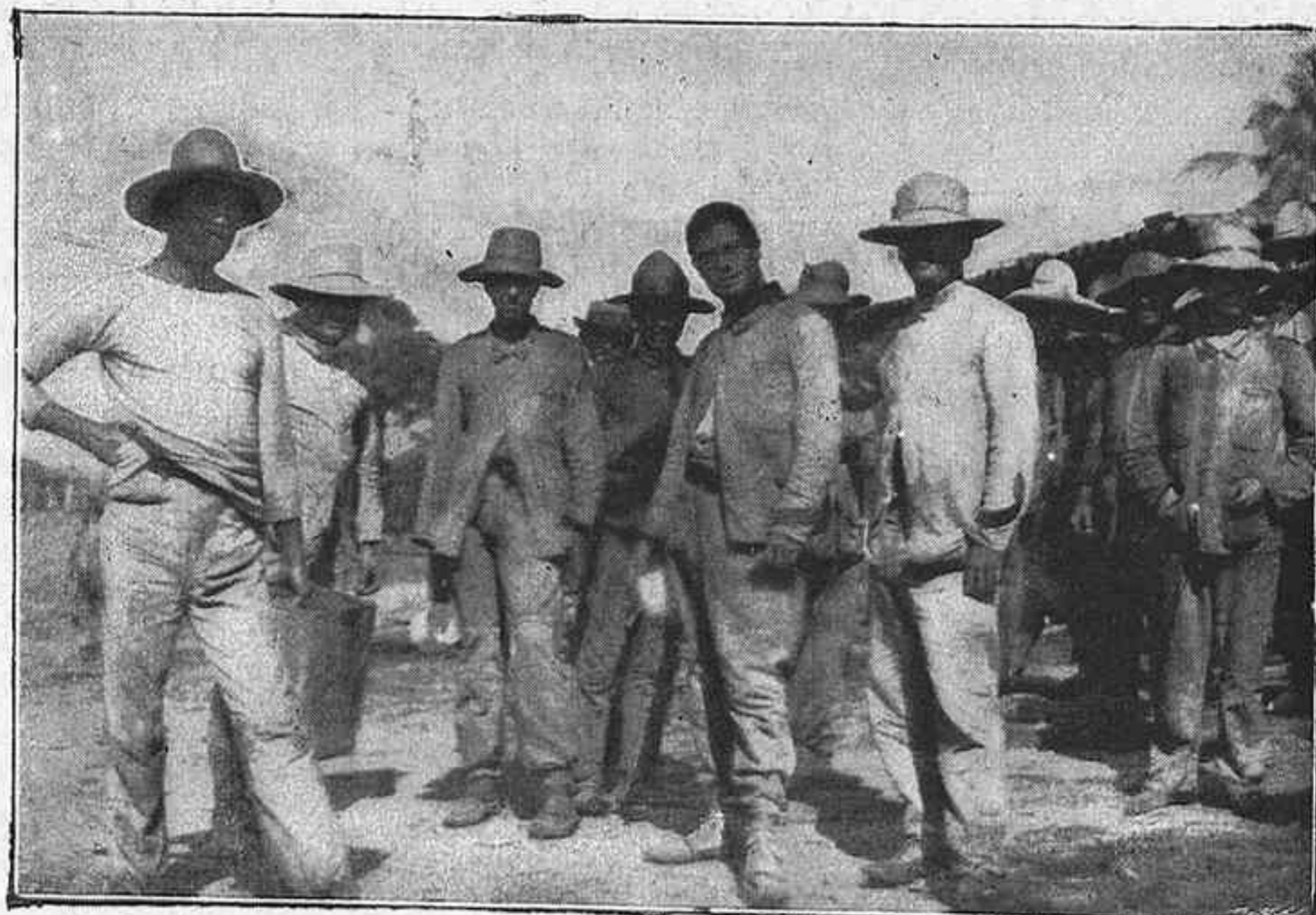
UN FUERTE ESPAÑOL EN EL CAMPO



PREPARANDO LAS HAMACAS PARA PERNOCTAR

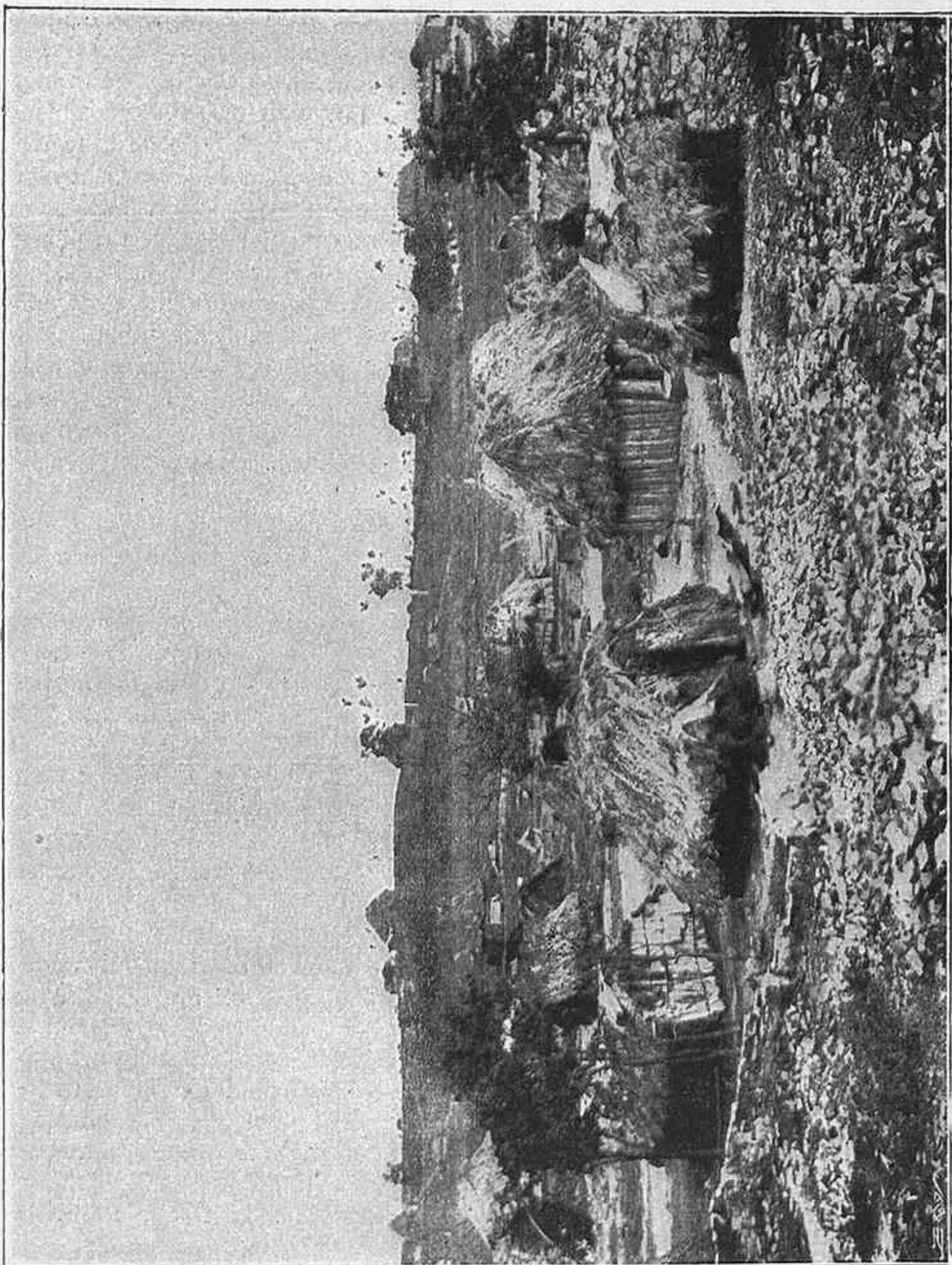


BATALLÓN DE INFANTERÍA PENINSULAR

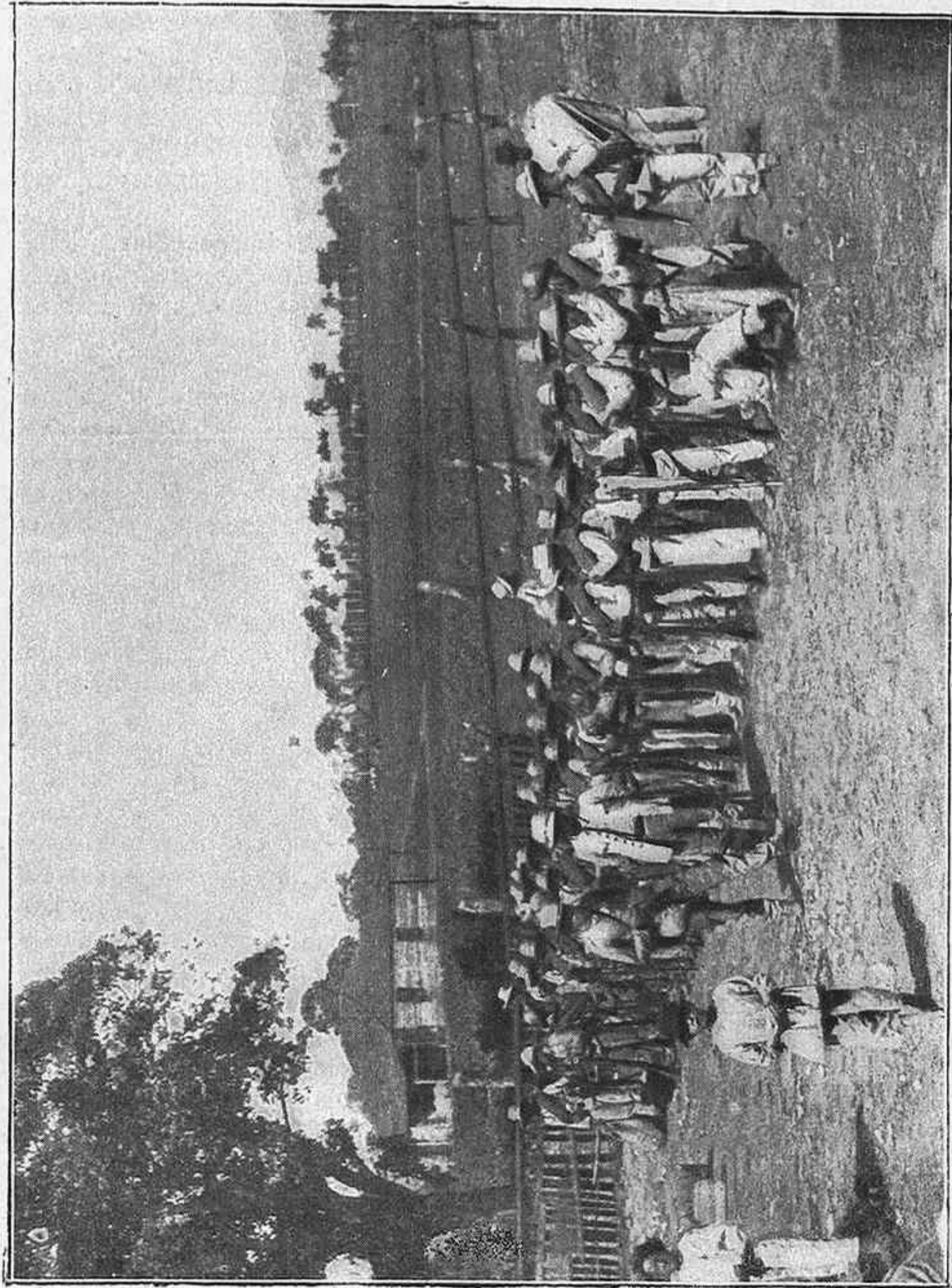


TIPOS DE SOLDADOS

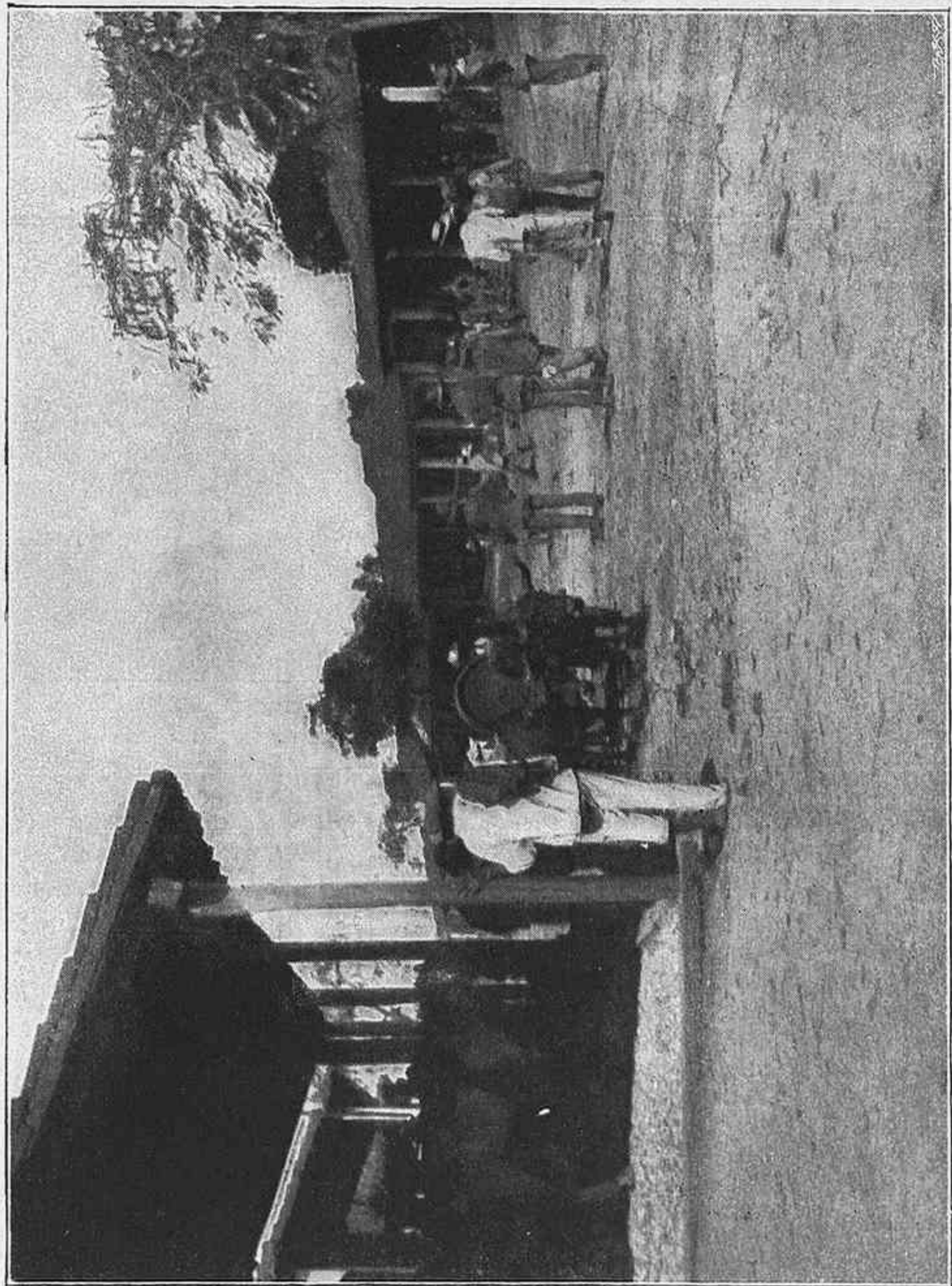
GUERRA DE CUBA, según fotografías de Federico Hughes



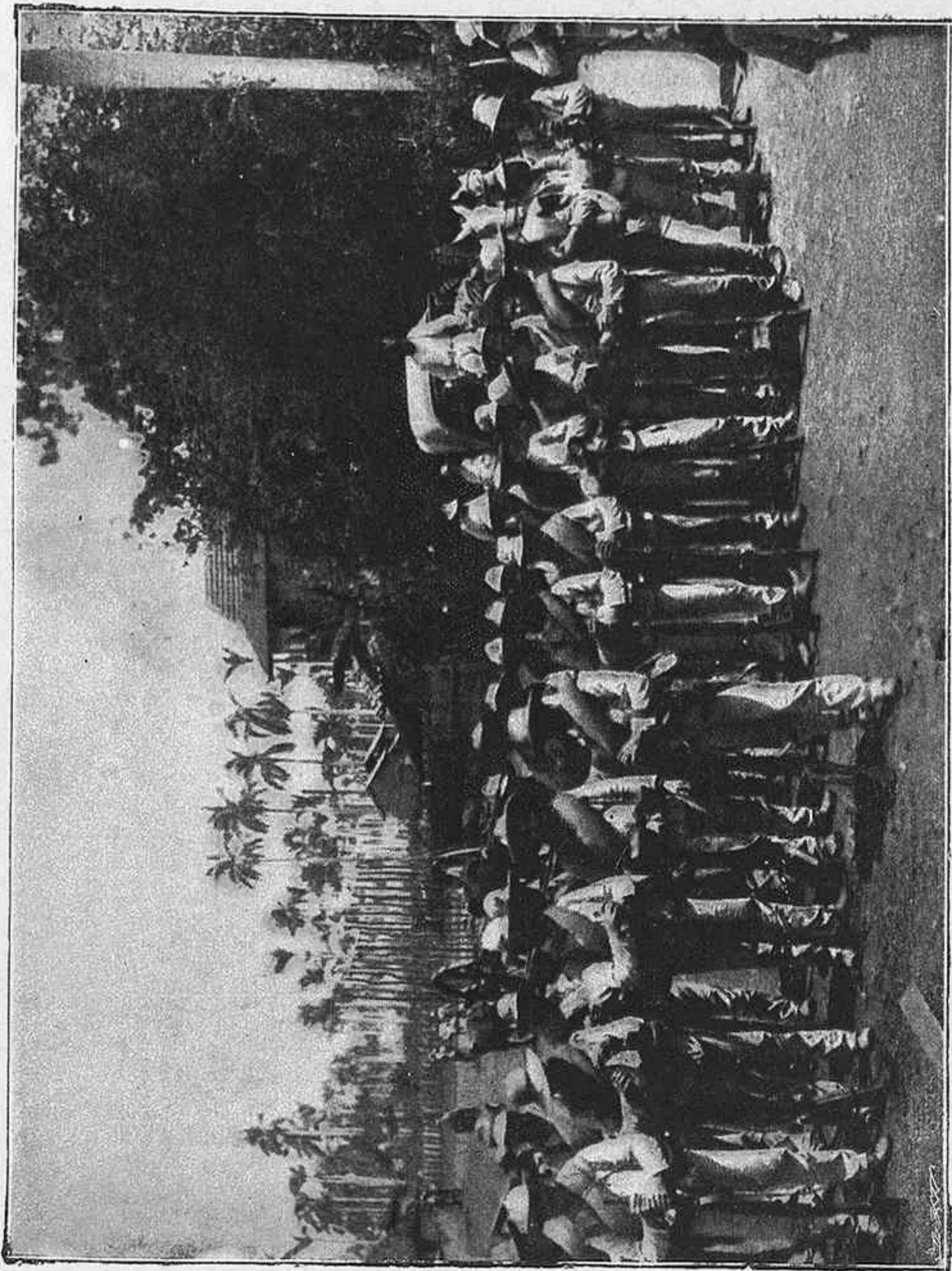
CAMPAMENTO DE INSURRECTOS



INSURRECTOS EN UN PLATANAR



INSURRECTOS SAQUEANDO UN POBLADO



GUERRILLA ESPAÑOLA

GUERRA DE CUBA, según fotografías de Federico Hughes

corte irreprochable, el pantalón abotinado y la chalina de la corbata sujeta por el grueso solitario, todo esto, que es lo que le da carácter, ya que así nos le figuramos, y así es él cuando á nuestra vista se presenta en el trato particular, íntimo, corriente... Pero eso sí, siempre tan correcto, tan pulcro, tan elegante.

Porque la corrección y finura de López Silva se aprecian así, al oírle hablar de sus proyectos, entre los amigos, pocos y escogidos, al leer sus romances antes de darlos á la publicidad, y entonces se descubre entre sus buenas cualidades una verdaderamente encantadora: la modestia.

Jamás habla mal de nadie. La envidia no la comprende. Aplauda lo bueno y disculpa lo malo, y así se desliza su vida, siendo uno de los pocos hombres á quienes unánimemente se aplaude, porque no tiene ni puede tener enemigos.

Hay frases en sus poesías que son verdaderos trozos de pasión. En ellas se descubre toda una vida. Sus tipos tienen pasiones porque son humanos, y López Silva los sorprende, los ve, los observa desde su casa de la Cava Baja, enclavada en el corazón de la Plaza de la Cebada, hasta donde llega el rumor de la chulería del Lavapiés y la calle de Embajadores.

El simpático López Silva no se quiere convencer de que él exclusivamente es el único mantenedor de un género que nadie puede tocar, y piensa que no vale tanto como las gentes dicen. Por eso al escribir su autobiografía se empeñaba en repetir una y otra vez:

«Soy propiamente lo mismo que la casa de Astrarena, que tiene mucha fachada pero poquita vivienda.»

JOSÉ JUAN CADENAS

UN DESAFIO APLAZADO

Entre el general D. Ramón Castilla, ex presidente del Perú, y el cónsul de Francia M. Saillard se pactó un duelo que debía realizarse doce meses después. Pero antes de dar á conocer la causa del desafío, pareceme conveniente que el lector sepa quién fué M. Saillard y los bríos que gastaba. Para ello extractaremos el artículo que Vicuña Mackenna le consagra en su libro *Relaciones históricas*.

A fines de 1829 la fragata francesa *Moselle*, de 60 cañones, se detuvo sin fondear frente á Valparaíso, sólo el corto tiempo preciso para que desembarcase el vizconde de Espinville, que venía investido con el carácter de vicecónsul, pues por aquellos tiempos Inglaterra y Francia no acreditaban todavía ministros cerca de los gobiernos de las nacientes repúblicas americanas.

La *Moselle* continuó su viaje para el Callao conduciendo, también con el carácter de vicecónsul en el Perú, á M. de Saillard.

Ambos agentes eran tipos opuestos. El aristócrata vizconde era un simpático normando, de veintiséis años de edad, elegante y buen mozo. M. de Saillard era un provenzal, hijo de un modesto receptor de rentas, pequeño, regordete y frisaba en los treinta. Su carácter era altanero é iracundo, también en oposición al del vizconde, que era todo moderación, afabilidad y cortesía.

Para matar el fastidio de larga navegación entreteníanse una noche los dos vicecónsules en una partida de naipes, en la que sólo interesaban céntimos de franco, cuando, á propósito de una jugada, promovió Saillard una disputa, y tanto hubieron de agriarse los ánimos, que Espinville dió un bofetón á su compañero. Intervinieron el comandante de la nave y los oficiales; pero quedó concertado un duelo para cuando los dos adversarios se encontrasen en tierra. En el resto del viaje no volvieron á cambiarse saludos ni palabras. Al desembarcar el vizconde en Valparaíso, M. de Saillard, que estaba recostado en la borda, le gritó:

— Hasta muy pronto, M. d'Espville.
— Hasta cuando usted guste, M. de Saillard.
El vicecónsul acreditado para Chile fué muy bien acogido por la buena sociedad de Valparaíso, y pasó ocho meses de paseo en paseo y de baile en baile. La voz pública le daba por novio de una de las más

je de ochocientas leguas con solo el propósito de matarlo.

El duelo se realizó en Polanco (que era, por entonces, una pobre hacienda vecina á Valparaíso), en la mañana del 13 de junio, día de San Antonio, en que por ser cumpleaños de la novia se preparaba en casa de ésta un espléndido sarao.

El vizconde cayó con el corazón destrozado por una bala.

Saillard se embarcó inmediatamente en un buque ballenero que á las dos de la tarde levó ancla con destino al puerto del Callao.

Ahora narremos lo que motivó el duelo, á cuya realización se opuso la Providencia, con el general Castilla que en 1839 era ministro de Guerra en el gobierno del presidente Gamarra. También Saillard había adelantado en su carrera y era, á la sazón, cónsul general de Francia en el Perú.

Era una noche de gran tertulia en palacio, y á ella había sido invitado el cuerpo consular.

En un grupo de militares charlabase sobre cosas de milicia, y M. de Saillard, acaso estimulado por el champagne, se enfrascó en críticas imprudentes sobre la manera como estaba organizado el ejército peruano, y hablando del arma de caballería, dijo que los soldados eran escogidos entre los facinerosos de la costa.

D. Ramón Castilla, que hasta entonces había escuchado con indiferencia las intemperancias del francés, lo interrumpió con estas palabras:

— ¡Moderación, señor cónsul! ¡Moderación!

Para el irritable Saillard fué esto como avivar una hoguera. Se encaró con el ministro, y éste le volvió la espalda murmurando con el acento que le era peculiar.

— ¡Eh!.. ¡Déjeme en paz!.. ¡Borrachito!.. Sí... ¡borracho!

Al siguiente día Saillard enviaba dos padrinos á Castilla. El bravo D. Ramón contestó:

— Está bien..., cuando guste..., soy el desafiado..., elijo armas..., la de los facinerosos de caballería..., es mi derecho..., nos batiremos cuando quiera..., á caballo y lanza en mano.

Los padrinos regresaron en la tarde á casa del general, y le comunicaron que el ahijado convenía en batirse á caballo, pero que necesitaba un plazo para aprender el manejo de la lanza.

— ¡Eso es!.. Que aprenda..., muy justo..., que aprenda..., tiene razón.

— ¿Y qué plazo le concede usted, general?, preguntó uno de los padrinos.

— ¡Hombre!.., por mí..., tanto da un mes como un año..., el que ustedes fijen, caballeros.

— Pues será un año.
— ¡Eh!.., ya lo he dicho..., me es indiferente.

Saillard, que contaba en Francia con amigos influyentes, solicitó ser trasladado á Venezuela, y cuatro meses después recibió el nombramiento de cónsul general en Caracas.

Posesionado ya de su destino, tomó por maestros de equitación y manejo del arma á los dos *primeras lanzas* de Colombia, dos llaneros de los que habían militado con Páez en la guerra de independencia.

A los pocos meses de lecciones los maestros le declararon á Saillard que nada tenían ya por enseñarle, que sabía tanto como ellos; en fin, que era un *primera lanza*.

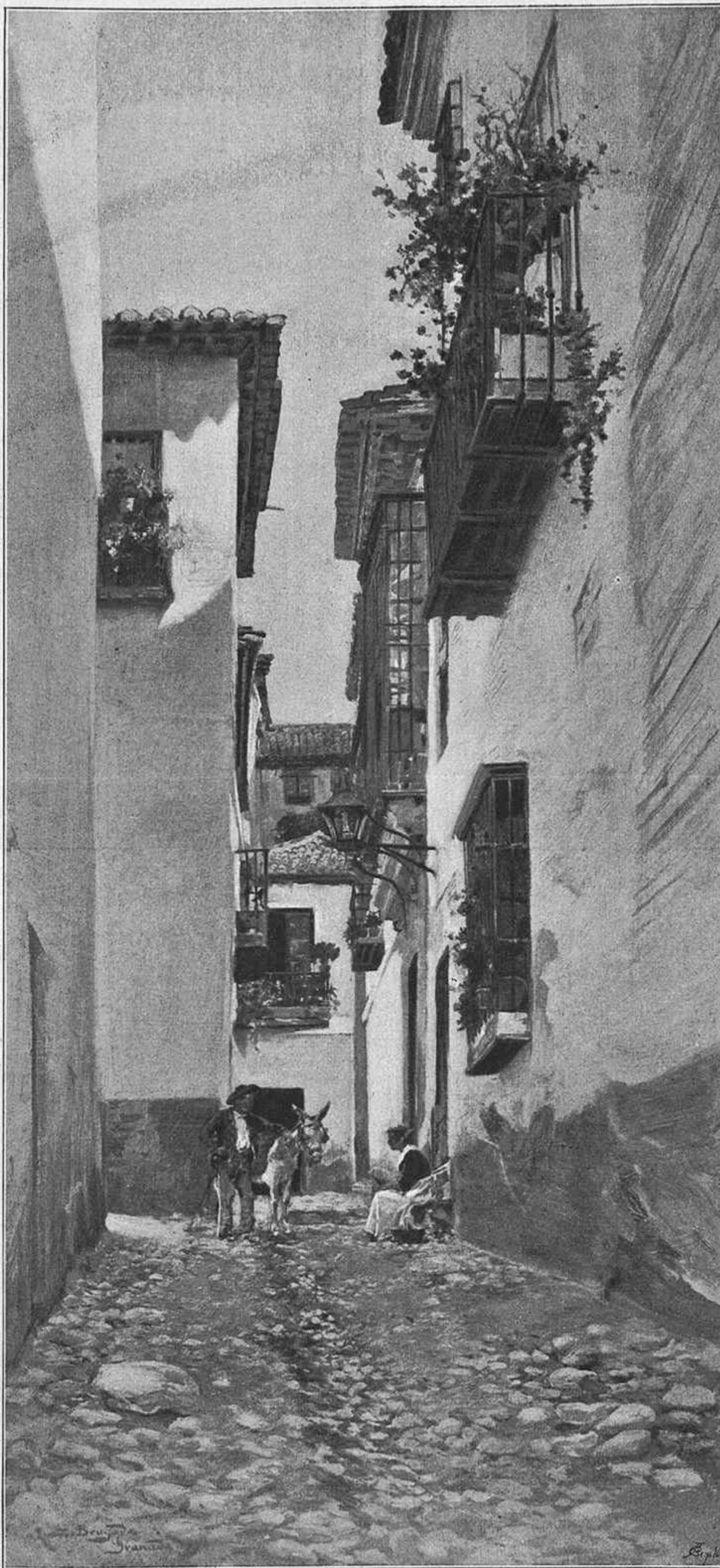
Faltaban poco más de cuarenta días para cumplirse el plazo que anteriormente habían convenido, cuando Saillard se dirigió al puerto de la Guaira, con la firme decisión de embarcarse inmediatamente para el Perú.

Pero el hombre propone..., y la fiebre amarilla descompone.

Dos días después de llegado á la Guaira recibía cristiana sepultura el cadáver del rencoroso y testarudo provenzal.

RICARDO PALMA

Lima. - 1897.



UN RINCÓN DE GRANADA, cuadro de Ricardo Brugada

bellas y ricas señoritas porteñas. Entretanto, Saillard pasaba su tiempo en Lima, esquivo, siempre que le era posible, á frecuentar la sociedad, adiestrándose en el manejo de la pistola hasta conquistarse fama de eximio tirador.

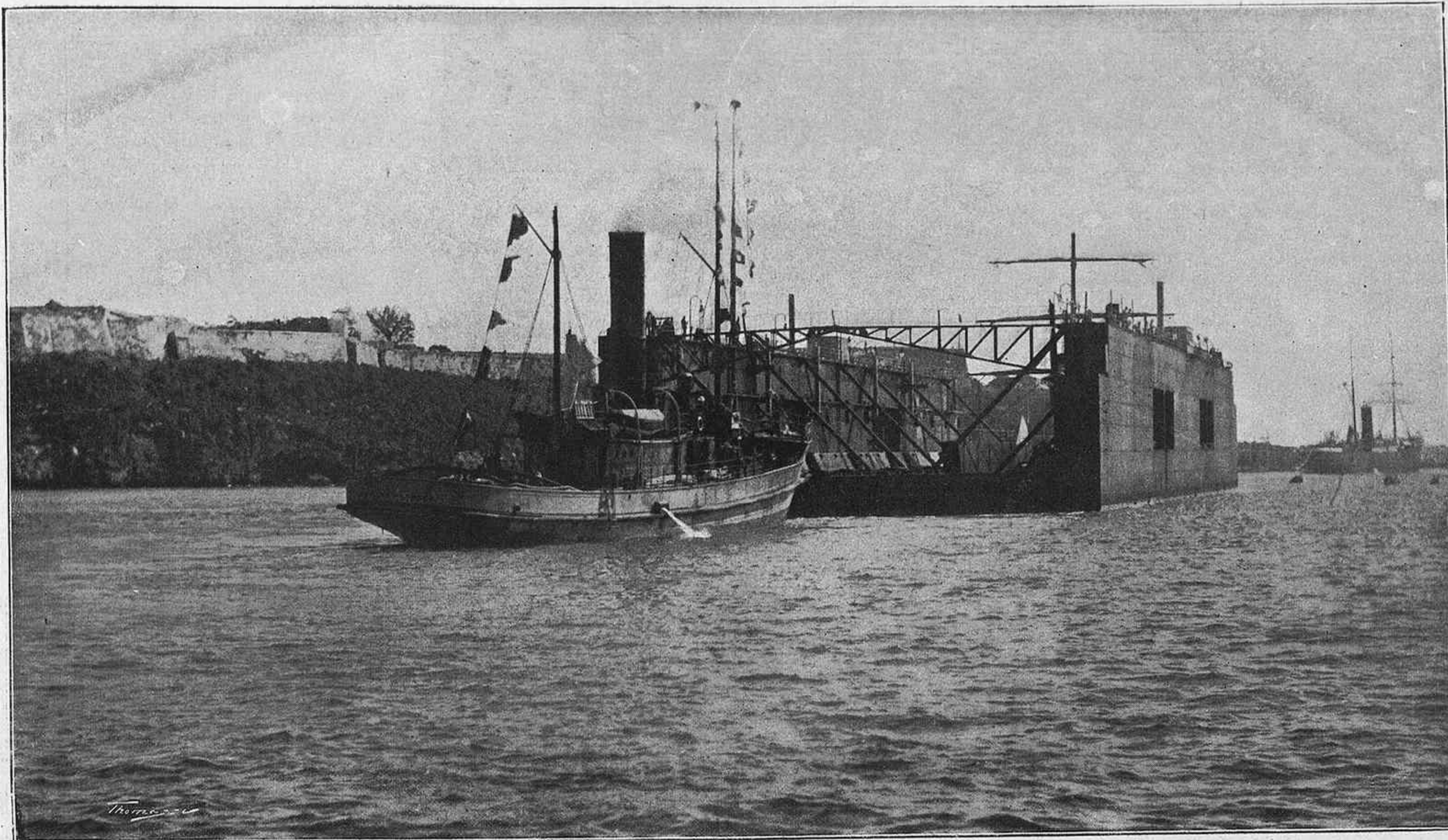
Un día supo por un comerciante francés que el vizconde celebraría su boda en pocos meses más, y Saillard dijo:

— Pues regresa usted pronto á Valparaíso, hágame el servicio de decirle que los hombres que tienen deudas como la que él ha de pagarme, no pueden casarse sin faltar al honor y á la lealtad.

El comisionado cumplió con el encargo, y el vizconde le contestó:

— Si escribe usted á ese caballero, dígame que soy de raza de buenos pagadores

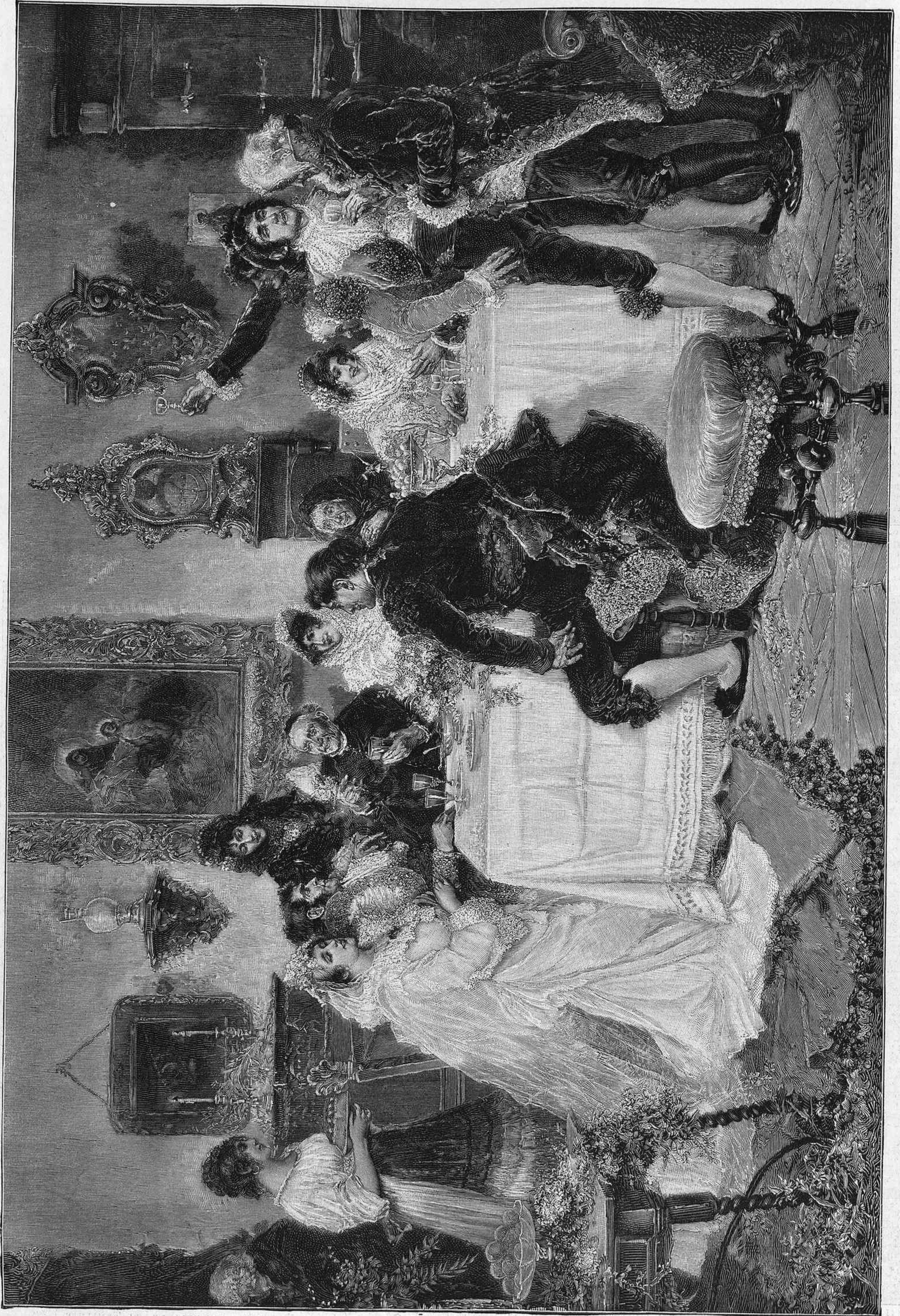
Paso por alto interesantísimos pormenores que relata Vicuña Mackenna para llegar al 11 de junio de 1830, en que Saillard se presentó en el domicilio de su compatriota para decirle que había hecho un via-



ISLA DE CUBA. - ENTRADA DEL DIQUE FLOTANTE EN EL PUERTO DE LA HABANA (de fotografía de Otero y Colominas)



GUERRA DE CUBA. - LLEGADA DEL GENERAL BLANCO Á LA HABANA. EL GENERAL Y LA COMITIVA PASANDO POR DELANTE DEL TEMPLETE
(de fotografía de J. A. Suárez y C.^a, de la Habana)



COMIDA DE BODA EN ANDALUCÍA, cuadro de P. Salinas



PRESAGIO FELIZ, cuadro de A. Schram

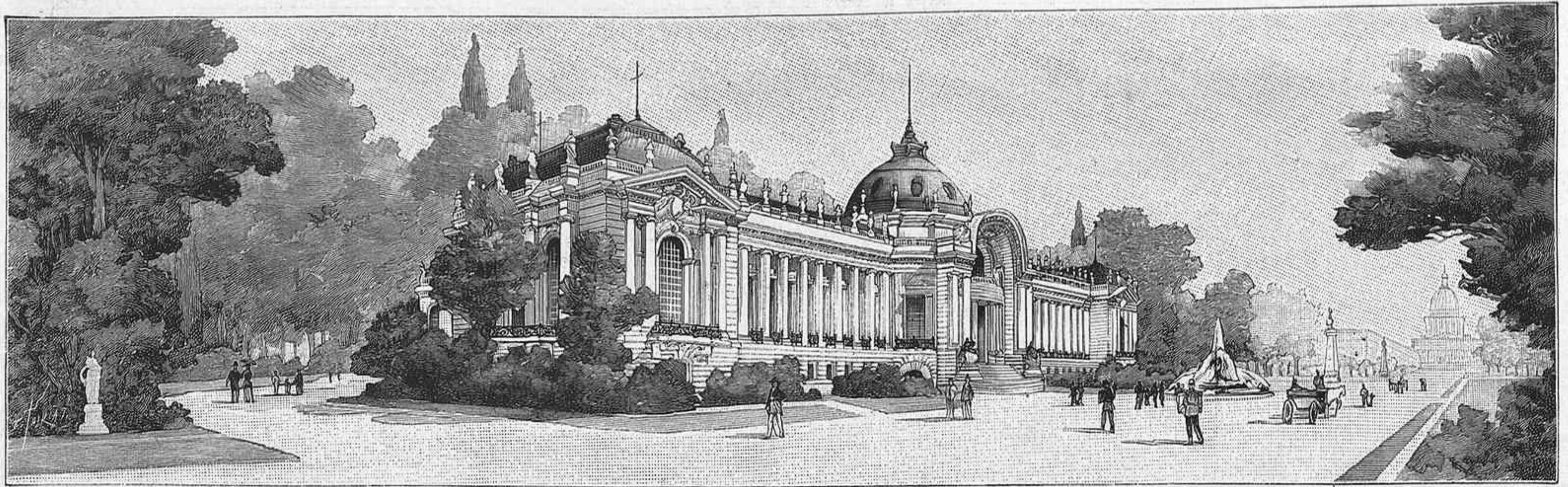


Fig. 1. — Pequeño Palacio de Bellas Artes, uno de los dos que se construyen en los Campos Elíseos de París

NUESTROS GRABADOS

Un buen cocinero, cuadro de P. Bergeret.—La naturalidad con que está trazada la figura, la armónica colocación de los accesorios que en la composición entran y la corrección con que una y otros están ejecutados, son otras tantas bellezas de este cuadro que con justicia fué muy celebrado en el último Salón de los Campos Elíseos de París.

Guerra de Cuba.—Por lo mismo que la guerra de Cuba no se presta á grandes batallas, tienen interés excepcional las fotografías que reproducen las escenas y episodios íntimos de campaña y los hechos aislados en los cuales se prueban el valor y la resistencia de nuestros heroicos soldados.

Este interés lo ofrecen los grabados que publicamos en las páginas 788 y 789, referentes unos á las tropas españolas y otros á las fuerzas insurrectas.

La prensa diaria de todo el mundo, que tiene fijos los ojos en la cuestión de Cuba, se ha ocupado detenidamente de la entusiasta recepción hecha por el pueblo de la Habana al general Blanco: esto nos releva de describirla, ya que ninguno de nuestros lectores ignorará la confianza que toda la isla tiene en el marqués de Peña Plata, no sólo por sus dotes militares, sino que también por la implantación del nuevo régimen que es consecuencia de la política del gobierno liberal, y en el cual cifranse grandes esperanzas para la obtención de la paz tan deseada. La fotografía que reproducimos en la página 791 nos ha sido remitida por los reputados fotógrafos de la Habana señores J. A. Suárez y C.^a

En la misma página que la anterior publicamos la vista de la llegada del nuevo dique flotante al puerto de la Habana, tomada de fotografía que desde aquella capital nos envían los conocidos fotógrafos Sres. Otero y Colominas. A estos, así como á los Sres. J. A. Suárez y C.^a, damos las más expresivas gracias por su atención.

La centenaria María Durand.—Como ejemplo extraordinario de longevidad puede servir una aldeana de Auberive (Francia), María Durand, cuyo retrato publicamos.



MARÍA DURAND, centenaria que vive actualmente en Auberive (Francia) y que cuenta 137 años de edad

Con decir que nació en 1760, queda demostrado que es uno de los casos más excepcionales de larga vida y resulta ocioso todo comentario.

Un rincón de Granada, cuadro de Ricardo Brugada.—Forma parte el bonito lienzo que reproducimos de la colección de estudios que ha ejecutado durante su temporal residencia en la región andaluza el discreto pintor catalán D. Ricardo Brugada, algunas de cuyas producciones hemos dado ya á conocer á nuestros lectores. Todas ellas se distinguen por su carácter genuinamente andaluz, ofreciendo especial

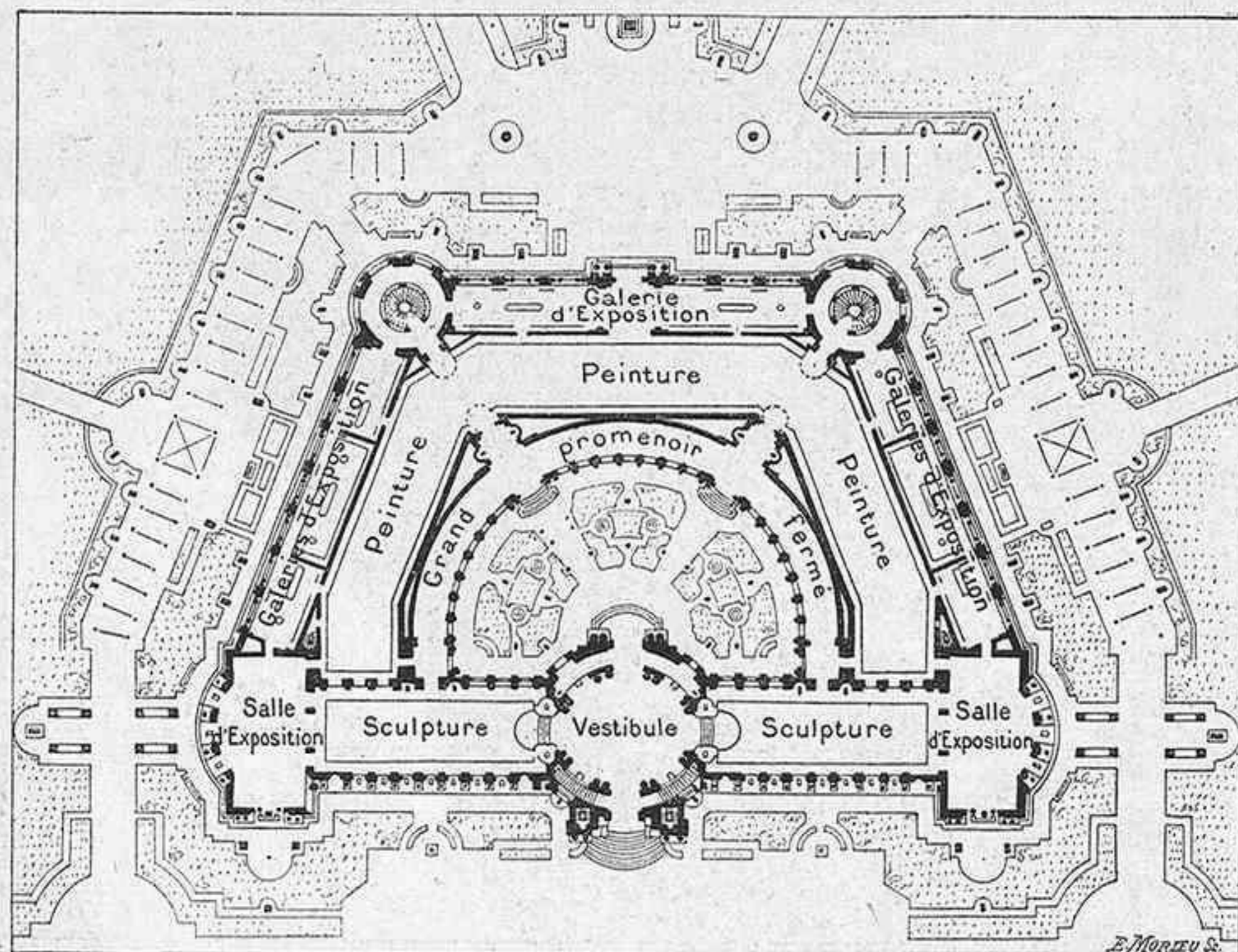


Fig. 2. — Plano del Pequeño Palacio de Bellas Artes

atractivo por la riqueza del color y los verdaderos derroches de luz que, al abrillantar los cuadros, reproducen con fidelidad los bellísimos contrastes y los varios tonos que ostenta aquel privilegiado país cuando lo ilumina y esmalta su hermoso sol meridional.

Comida de boda en Andalucía, cuadro de P. Salinas.—Muchas veces hemos tenido ocasión de elogiar las obras de nuestro distinguido compatriota, el celebrado pintor Sr. Salinas: la maestría que ha demostrado siempre en la reproducción de costumbres españolas aparece más de relieve, si cabe, en la que hoy publicamos, pues tanto en el conjunto cuanto en los detalles manifiéstase en todo su valor el talento del artista que encuentra para sus asuntos una riqueza de recursos inagotable.

Presagio feliz, cuadro de A. Schram.—El pintor alemán A. Schram dedícase especialmente á la pintura de escenas de la vida elegante, y buena prueba de la habilidad con que sabe tratar tales asuntos es su cuadro *Presagio feliz*, simpático por lo que representa y digno de gran alabanza por la ejecución, así de las tres bellísimas figuras como del delicioso paisaje que les sirve de fondo.

El pequeño palacio de Bellas Artes en los Campos Elíseos de París.—La apertura de una gran vía que se ha de realizar con motivo de la Exposición universal de París de 1900, para poner en comunicación el puente de Alejandro III y la avenida de los Campos Elíseos, ha exigido la demolición del palacio de la Industria y del pabellón de la villa de París, que serán sustituidos por otros dos palacios, para cuya construcción abrióse en 1896 un concurso entre arquitectos franceses. Uno de ellos es el pequeño palacio de Bellas Artes, cuyo principal motivo de decoración consiste en un pórtico central coronado por una cúpula bastante elevada: los dos grabados que publicamos en esta página nos relevan de entrar en detalles respecto de este edificio, que durante el certamen de 1900 contendrá una exposición retrospectiva de Bellas Artes, pasando luego á ser propiedad de la ciudad de París. El edificio, tal como se ejecutará, se ajusta casi exactamente al proyecto de M. C. Girault, eminente arquitecto que obtuvo en el concurso un primer premio por su proyecto del pequeño palacio y otro premio por el del gran palacio y que está encargado, como arquitecto en jefe, de dirigir la construcción de los dos.

MISCELÁNEA

Teatros.—*París.*—Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Antoine *Le bien d'autrui*, interesante comedia en tres actos de Emilio Fabre, y *Hors les lois*, graciosa comedia en un acto y en verso de L. Marsolleau y A. Byl; en el Ambigu-Comique *La Maitresse d'école*, drama en cinco actos y siete cuadros de Edmundo Tarbé; y en los Bouffes Parisiens *Les P^{tes}*

tes Michu, bonita opereta en tres actos de Van Leo y Duval, con preciosa música de Messager.

Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa *El gran mundo*, traducción de *Le prince d'Aurec*, de Lavedan, muy bien hecha por D. Juan Seoane; en la Comedia *Las españolas*, «portfolio» en un acto y siete cuadros de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Nieto, puesto en escena con gran lujo de decoraciones y trajes; en el teatro cómico *Gua... gua...*, gracioso juguete cómico en un acto de D. Felipe Pérez; en Eslava *Los rancheros*, zarzuela en un acto de los Sres. García Álvarez y Paso, con música de los maestros Rubio y Estellés; en Lara *La enredadora*, bonito juguete en un acto de D. Joaquín Abati; en Romea *Portfolio madrileño*, de los Sres. Montesinos y Frutos, con preciosa música de los Sres. Valverde (padre é hijo); y en Apolo *La revoltosa*, sainete lírico en un acto de los Sres. Fernández Shaw y López Silva, con bellísima música del maestro Chapí. El estreno en el Real de *Hero y Leandro*, ópera en tres actos de Mancinelli, ha sido un verdadero acontecimiento artístico que ha valido entusiastas aplausos á su autor, á las Sras. Guerrini y Darlée y á los Sres. De Marchi y Scarneo.

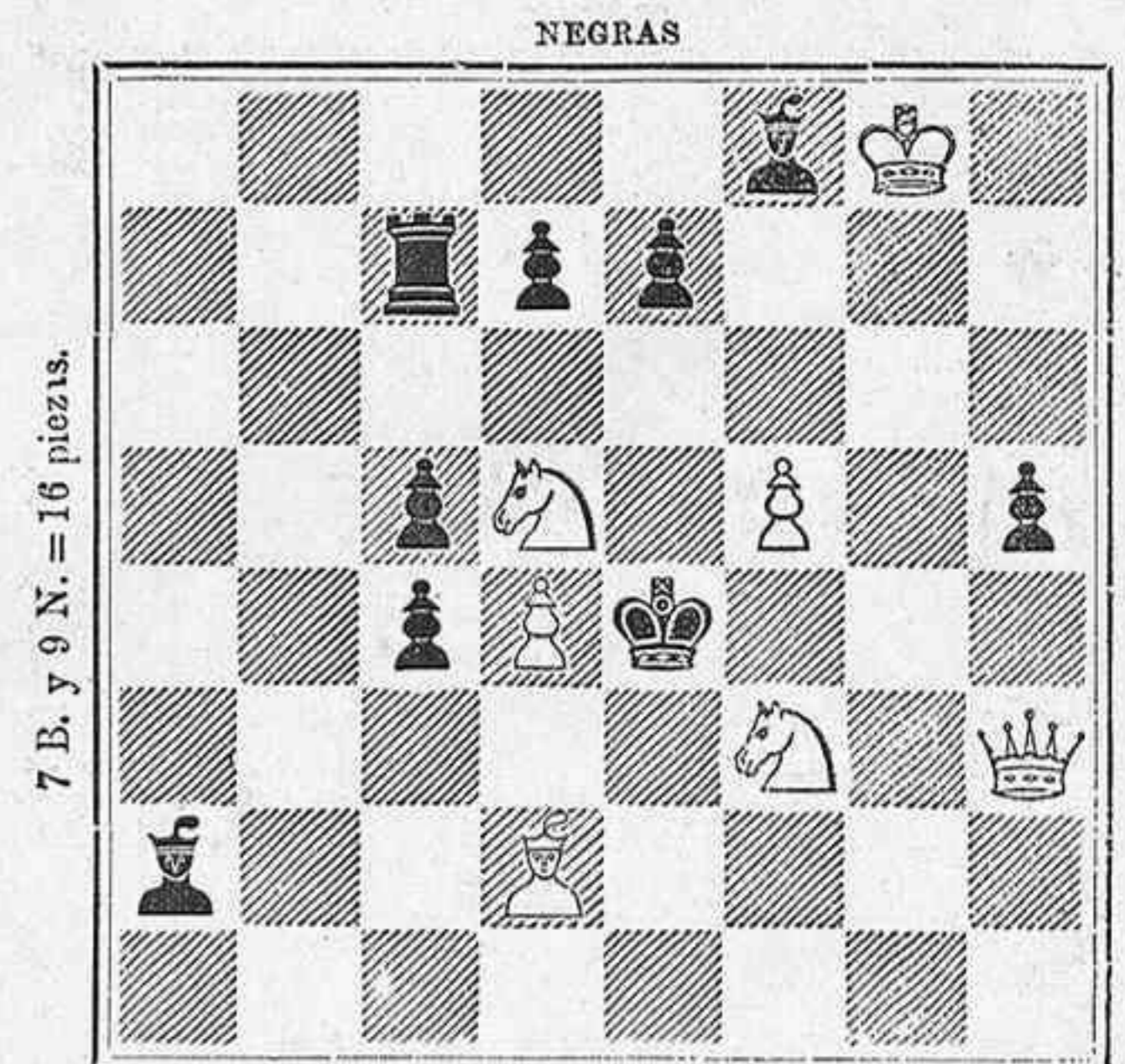
Barcelona.—En el Liceo se han cantado con muy buen éxito las óperas *Orfeo y Gioconda*, habiendo sido muy aplaudidas en la primera las Sras. Guerrini, Fabbri y Barone, y en la segunda las Sras. Theodorini, Borlinetto y Sala Conde, y los señores Kaschmann y Giannini: en una y otra obtuvo asimismo muchos aplausos el maestro Sr. Ferrari.

Neurología.—Ha fallecido: Luis Monti, distinguido escultor italiano, autor del monumento erigido en memoria de Gregorio XVI, existente en San Pedro y considerado como el más importante.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 98, POR B. G. LAWS (Londres)

Tercer premio del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

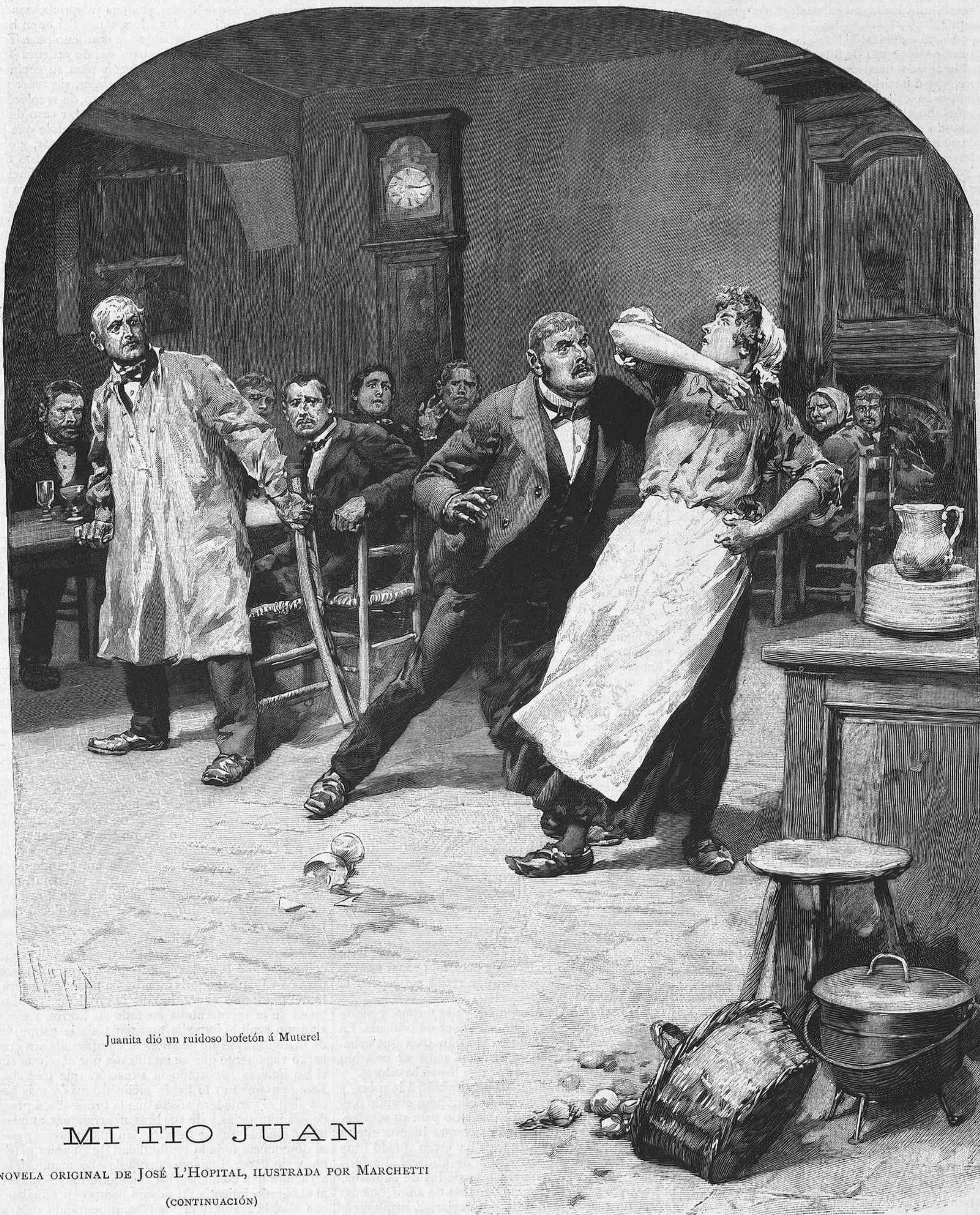


Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 97, POR K. ERLIN.

- | | |
|--------------|------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C3AR | 1. PC toma C (*) |
| 2. D8CR | 2. Cualquiera. |
| 3. A6D mate. | |

(*) Si 1. PR toma C; 2. D toma PC y 3. D mate; — 1. T8D; 2. A3T jaque, y 3. D2TD mate; — 1. R2D; 2. D toma PC jaque, y 3. C4D mate; — 1. R4C; 2. D2R jaque, y 3. C5R mate; — 1. A toma D; 2. C4D jaque y 3. A6R mate. La amenaza es igual á esta última variante.



Juanita dió un ruidoso bofetón á Muterel

MI TIO JUAN

NOVELA ORIGINAL DE JOSÉ L'HOPITAL, ILUSTRADA POR MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— ¿Qué le pasa á usted, padre Chantavoine, que parece embobado?, preguntó.

— Lo que me pasa, contestó el buen hombre desasiéndose de los brazos de su sobrina y dejándose caer sobre una silla, es que venía muy contento, cuando detrás de la puerta he oído á Juanita gritar, pidiendo socorro. Creyendo que era un ladrón, he dejado mi caballo y he corrido..., y á ti es á quien encuentro... Tú no eres un ladrón, puesto que te hallas en tu casa; pero ¿qué eres?

— Voy á decírselo á usted. ¡Soy un hombre que quiere ser aquí el amo..., sí, el amo!

Y cogiendo un candelero de hierro que estaba sobre la chimenea, retorciólo con rabia y lo arrojó contra la pared.

— Nadie niega que seas el amo, contestó Chantavoine, que se amostazaba ya; pero también hay cosas que no te son permitidas, según creo. No me opongo á que mandes aquí; pero en cuanto á Juanita, la hija de mi hermano, una Chantavoine, te prohibo que la toques. ¿Me entiendes?

Muterel profirió una carcajada estridente.

— ¡Ah, ah!, exclamó, ¿acaso cree usted que me ocupo de ella?

— Y te prevengo que se lo diré á Coralia.

— ¿A Coralia? ¿Piensa usted que mi mujer creará semejante cosa? Yo soy quien le hablará, y para no retardarlo, esta misma noche. Diré la verdad; que su sobrina me ha faltado; que es preciso que se vaya, y que se irá.

— ¡Pues entonces, yo también me iré!

— ¡Eso es, dejará usted plantada á su hija en el momento en que quiere reunirse con usted! En fin, esto es asunto suyo; pero no deberá contar más con nosotros.

— ¡Mala sangre!

— Será preciso escoger entre una u otra.

— ¡Oh, mi cabeza, mi cabeza! ¿Pero qué ha pasado aquí?

— ¡Ah, ya estamos! Si hubiera usted empezado por preguntar eso en vez de buscarme camorra..., pero á usted le agrada más creer cosas... En fin, si usted quiere, voy á decirle lo que ha pasado.

Juanita se callaba, fascinada por la imprudencia de aquel hombre. Sorprendido en flagrante delito, intentando una acción innoble, no había perdido nada de su aplomo, y muy lejos de ello, en vez de defenderse, él era ahora quien acusaba. Habíase erguido, y declamaba en la actitud de un juez irritado.

— Lo que ha sucedido, dijo, es que he encontrado aquí á esa señorita, que sabe muy bien ser amable con algunos que yo sé, y que siempre ha procurado enojarme por todos los medios posibles. He aquí por qué cuando le dije que iba á venir á los Muriaux con Coralia, dejándose llevar de una cólera violenta, comenzó por hablarme mal; he querido contestar; pero ha gritado con más fuerza, tanto que al fin me impacienté. Cierzo que soy vivo de genio, pero es preciso reconocer que al oírle decir lo que ha dicho de mí y de mi esposa... En fin, la he sacudido un poco, y lo siento; pero suya es la culpa. Y no ha pasado más.

Chantavoine miró á Juanita, y ésta leyó en los ojos de su tío una dolorosa angustia, un deseo vergonzoso de que las cosas quedaran así, por lo cual no contestó. Muterel, que los observaba á uno y otro, comprendió y sonrióse con expresión maligna. A pesar de esto, el viejo no quiso ceder desde luego.

— Sin embargo, dijo dulcificando su tono, pero con una expresión que revelaba censura, ningún hombre debe poner la mano sobre una mujer.

— ¡Ah! Ya le he dicho á usted, repuso Muterel, que ha sida efecto de la cólera; y si se pudiera volver atrás, no lo volvería á hacer. Por eso no diré nada á Coralia, si ustedes me prometen, por su parte, olvidarlo todo.

Chantavoine miró otra vez á Juanita; ésta se estremecía de pies á cabeza; sus párpados temblaban nerviosamente, y una palidez lívida revelaba la horrible lucha que la agitaba interiormente. Sin embargo, accedió á la súplica de aquella mirada; pero sin poder hablar, dejóse caer llorando en los brazos de su tío.

Muterel vió que era inútil é imposible exigir más; estaba ya seguro de que no hablarían; la victoria quedaba por él, y sin el menor inconveniente podía abandonar el campo de batalla.

— Vamos, exclamó con tono indiferente, bien podemos decir que en todo eso no hay motivo de riña; pero servirá de lección á la señorita Juanita para que otra vez no se vaya de la lengua. Esto es todo..., y ahora me voy; volveré con Coralia el domingo. ¡Adiós, padre Chantavoine!

Muterel estrechó la mano del buen hombre, y después, en el momento de transponer el umbral de la puerta, se detuvo. Habíale ocurrido una idea que le pareció chistosa é irresistible; acercóse á sus dos víctimas, y abriendo los brazos exclamó:

— ¿Queréis que nos abracemos para hacer las paces del todo?

Juanita profirió un grito de terror, y Chantavoine hizo un vago ademán como para defenderse.

— Vamos, está bien, dijo Muterel; no hablemos más por esta vez; pero me parece mal que sea usted rencorosa, Juanita, sobre todo no teniendo razón. Ya nos abrazaremos otro día.

Y salió riéndose á carcajadas.

V

El domingo siguiente, los Muterel llegaron en su carruaje, coche de campo que participaba de la forma de faetón y de ómnibus, y que en los alrededores llamaban respetuosamente «el cuatro ruedas del señor alcalde.» Detrás iba el carricoche de la granja, con los cofres, la criada y la cocinera.

Coralia se apeó majestuosamente, y dejóse abrazar largo rato por su padre. Todo el personal de la granja estaba alineado delante de la casa, y la señora de Muterel le dió gracias con un ademán de reina satisfecha, sin fijarse al parecer particularmente en Juanita, que se mantenía junto á su tío, muy pálida, luchando contra un terror visible, llamando en su auxilio todo el valor que podía concentrar en su corazón resignado.

Muterel, luciendo su gran levita burguesa y cubierta la cabeza con un sombrero de paja de alas aplanadas, se apeó después que su mujer con la ligereza de un oso vestido de payaso, y comenzó á estrechar la mano de los trabajadores de la granja, afectando alegre franqueza. Pasó por delante de Juanita sin mirarla, y entró con Coralia y Chantavoine en la casa,

mientras que la criada, que se había apeado del carricoche, sacaba con precaución y entregaba al personal, maravillado de tantas riquezas, los paquetitos de la señora, amontonados en las banquetas del hermoso coche.

Chantavoine, radiante de alegría, se apresuró á hacer los honores. Había olvidado ya la escena cuyo brutal desenlace impidió tan oportunamente; y entregado del todo á la alegría de recibir á su hija, no era capaz de pensar en otra cosa. Por otra parte, su egoísmo y su debilidad habían ahogado muy pronto su indignación y sus remordimientos; había meditado y sus reflexiones le condujeron poco á poco á pensar que, después de todo, Muterel tenía tal vez razón; que solamente se había dejado llevar de un arrebató de cólera, y que nada más se debía temer. El silencio de Juanita, su actitud pasiva, la docilidad y dulzura que manifestara, preparándolo todo para la llegada de su prima, como si nada hubiese sucedido, le confirmaban en aquella esperanza tan conforme con sus deseos; y habría sido necesario que estuviese menos debilitado por la edad, menos ciego por su manía paternal, para que echase de ver los esfuerzos heroicos que hacía su sobrina para aceptar la existencia que se la preparaba.

Aquel viejo no vivía sino para su rechoncha hija; estaba más dispuesto que nunca á dárselo todo, á sacrificárselo todo; la idea de que Coralia pudiese tener motivo para fruncir el ceño le trastornaba, y una cuestión con ella le habría matado.

Así lo había comprendido Juanita hacía largo tiempo, y por eso se callaba.

La pobre joven le había ocultado siempre las galanterías de Muterel, y fué necesaria la inminencia del peligro para que corriera hacia él en el exceso de su terror. Sin embargo, hubiera preferido que otro y no su tío Juan hubiese puesto término á la odiosa lucha; y al pensar en aquel pobre viejo que la había criado y á quien ella amaba, alegrábase casi de que el miserable manifestara tanta impudencia y tan cínica habilidad para defenderse.

Decididamente Coralia estaba de buen humor.

Pavoneábase de una habitación en otra, profiriendo ligeras exclamaciones de aprobación; parecía la suya muy bien, y enternecíase al encontrar en el salón el reloj de pared que había señalado sus cuartos de hora de estudio en el tiempo en que se fatigaba con el *Carnaval de Venecia*, y declaraba que su piano, que una carreta había ido á buscar á Varençieres, produciría admirable efecto colocado en ángulo cerca de la ventana. Hacía monadas, sonreíase delante del espejo, volvía para abrazar á su padre, con ademanes de niña juiciosa, y muy pronto se dignó cumplimentar á Juanita, diciéndole que estaba satisfecha del buen arreglo de la casa. Por un momento la joven pudo creer que hallaría en su prima auxilio y protección.

Muy pronto debió convencerse de lo contrario. Desde el primer día, mientras que ordeñaba sus vacas, Muterel se había presentado á la puerta del establo con su aire agresivo, y después de mirarla trabajar silenciosamente, como si se gozara en su turbación, había dicho:

— ¿Sigue usted en su trece?

En el mismo instante había entrado el vaquero, que regresaba de la lechería haciendo sonar sus cubos vacíos, y el perseguidor se retiró sin esperar la contestación.

Por la noche Coralia no era ya la misma, y manifestaba otra vez á su prima su altivez de princesa. La mesa se había preparado en el salón para que cenaran el señor y la señora Muterel, pues su posición social no les permitía comer con los trabajadores.

A Chantavoine se le había admitido á la mesa, y parecía estar muy orgulloso de ello; pero cuando preguntó tímidamente si no había sitio para su sobrina, se le contestó con tono muy seco que Juanita estaba más en su lugar en la cocina. La joven quedó muy satisfecha, porque estaría libre de Muterel al menos durante las comidas; pero los criados de la granja, resentidos ya en sí de aquella mesa de amos, que parecía un nuevo medio de despreciarlos, manteniéndolos á cierta distancia, se resintieron todavía más por ella; su buen sentido y su instinto de justicia se rebelaron al ver que aquella á quien llamaban la patrona desde la muerte de la señora Chantavoine era tan maltratada como ellos.

En los días siguientes, la frialdad de Coralia respecto á su prima, lejos de disminuir, aumentó, y á Juanita le pareció evidente que Muterel la predisponía contra ella, procurando hacer su situación intolerable, mientras que por otra parte la espiaba y seguía, buscando todas las ocasiones de ofrecerle la paz á costa de un pacto infame.

Muy pronto no fueron tampoco bien las cosas para Chantavoine. Las efusiones del primer día no dura-

ron mucho; Coralia tomaba otra vez sus aires de gran dama; mostrábase brusca, altanera y caprichosa; aceptaba con impaciencia las adoraciones del buen hombre, y apenas le ocultaba que le eran enojosas. Trastornaba la casa de arriba abajo, dando órdenes á troche y moche; acaparaba el fogón para su cocinera, que le hacía algunos guisos especiales, sin tener presente al parecer que en aquel tiempo de recolección se debía alimentar á muchos, y sin hacer caso de los obreros más que para quejarse, pareciéndole que hacían demasiado ruido, prohibiéndoles fumar, y obligándolos, poseída de enojo, á retirarse cuando después de comer se detenían un poco en la habitación. Todos los trabajadores, rendidos por los penosos trabajos de agosto, comenzaban á murmurar sordamente de aquella mujer, que se levantaba tarde y pasaba la mañana arreglándose; que no se presentaba al mediodía más que para reñirles, y ocupaba el resto del día golpeando las teclas ó sin hacer nada. Se contentaban por afecto á Juanita, que compartía su actividad laboriosa, y también por respeto á Chantavoine, que siempre fué buen amo para ellos; pero á duras penas conseguían ocultar su descontento, y no hablaban siempre bastante bajo para que no se oyese lo que decían de Coralia, á quien designaban con el mote de «la holgazana.» Contrariado en sus costumbres, rechazado en su afecto, herido en el cariño que profesaba á su hija, Chantavoine sufría mucho.

Y aún no era esto nada: de su hija estaba dispuesto á tolerarlo todo; pero Muterel le irritó muy pronto los nervios, y no en vano había dicho: «Quiero ser el amo.» Desde su llegada á la granja se encargó del gobierno, y había comenzado á ejercerle de una manera absoluta, relegando á Chantavoine al segundo término. Cierzo que desde la muerte de su suegra y del convenio que se siguió no había dejado nunca de imponer su autoridad; pero tan sólo la había ejercido desde lejos, sin entrar en el detalle de los trabajos diarios, dejando á Chantavoine por lo menos la apariencia, la ilusión del poder. Ahora todo había cambiado; Muterel mandaba en todo y se hallaba en todas partes, dando sus órdenes á los carreteros, riñendo al pastor, apremiando á los segadores, oponiéndose á que su suegro se cuidara hasta de hacer barrer el patio, tratándole como á un simple jornalero, y lo que era peor, como á un jornalero viejo que no sirve ya para nada. Chantavoine se sentía profundamente humillado; su posición respecto á un personal que siempre había dirigido hasta entonces llegaba á ser ridícula; y si no observó sin placer que Muterel se hacía odiar, esta satisfacción relativa no sirvió muy pronto más que para probarle que él mismo le detestaba cada día más.

Sin embargo, se callaba, comprendiendo su debilidad, dándose cuenta de su abdicación, y por otra parte, sediento de reposo, temiendo los disgustos, deseando acabar su vida en paz, resuelto á tener paciencia y á obedecer, contentándose con lo malo porque temía lo peor. Pero su desengaño era grande; veía que no le amaban, que era una carga; y el pesar, más aún que la vejez, minaba de nuevo su salud, resentida ya, aunque una última alegría la restableció aparentemente.

La tristeza que experimentaba no podía menos de hacerle perspicaz. Nunca se había engañado del todo con respecto á la audaz actitud que su yerno tomaba para con Juanita; quería creerlo, sin poder conseguirlo del todo; mas ahora, la vida infernal de la pobre joven se le representaba en todo su horror; y si su egoísmo senil le impedía apreciar toda la extensión de la abnegación de su sobrina, comprendía sin embargo vagamente que se sacrificaba por él, y que sin él no hubiera soportado la situación que toleraba. Este pensamiento le había inclinado más y más hacia ella; el verdadero afecto que la profesaba, á pesar de sus injusticias y de sus bruscos arranques, aumentaba á medida que se desvanecían sus ilusiones y que se desconocía toda la profundidad de su amor paterno; y sin darse él mismo cuenta de ello, manifestaba á Juanita una confianza, un abandono muy semejante al agradecimiento. Al mismo tiempo encariñábase con ella, la seguía y la vigilaba, procurando dejarla sola lo menos posible cuando Muterel estaba allí. Y muy á menudo, cuando la joven comprendía que era acechada, cuando en la puerta de la bodega, en la escalera del granero ó á la salida del establo se halló en presencia del miserable que la perseguía, oía-se rumor de zuecos sobre los guijarros del patio, una voz la llamaba, y el tío Juan, presentándose de pronto, había frustrado el insulto, impedido la tentativa...

Pero esto no podía durar largo tiempo así, Juanita lo comprendía, viendo prepararse para un porvenir próximo una escena terrible, una inevitable borrasca; y estremecíase al pensar lo que podría hacer Muterel cuando, seguro como estaba de la estupidez, de la ceguera y de la perversidad de su mujer, quisie-

ra llevar las cosas al extremo, librarse de las importunidades de su padre político, y saciar al fin su pasión, que se acrecentaba diariamente. En efecto, sus persecuciones redoblaban; encontrábase en todas partes pisándola los talones; y á cada hora, á cada instante surgía ante ella su cara bestial.

Cierto día pensó en asegurarse un defensor formal, y desató á *Mostacho*, el perro de la madre Chantavoine, que á causa de la edad era muy gruñón y maligno para todo el mundo, excepto para ella. *Mostacho* entró al punto en funciones, y la seguía por todas partes paso á paso, gruñendo cuando alguien se acercaba. Los perros tienen un olfato infalible; el animal había mirado desde luego á Muterel con horror, y cuando le veía, aunque fuera desde muy lejos, erizaba el pelaje y enseñaba los colmillos. Pero al día siguiente, Coralia mandaba con tono duro á su prima que encadenase el perro, porque intimidaba á todos, ó que de lo contrario se le mataría. Entonces Juanita aparentó jugar con un largo y agudo cuchillo y guardóle con afectación en su bolsillo; pero Muterel no hizo más que reirse, lo cual hizo comprender á la joven que mejor hubiera sido no enseñarle, y que tan poco se la temía á ella como al perro. ¿Qué podía hacer, en efecto, contra aquel Hércules prevenido ya? Más que nunca resuelta á no abandonar á su tío Juan, esperó los acontecimientos, sumida en una profunda desesperación.

VI

La recolección tocaba á su fin; llegó el día en que se entró en la granja la última carreta; y según la costumbre, cuando, sobrepuesta de un montón de follaje pasó por la puerta, hízose una salva con las escopetas, y los segadores, llevando solemnemente un ramo de espigas, le clavaron á la entrada de la casa.

Al día siguiente, al declinar la tarde, se verificó la *pasada de agosto*. Coralia, que se dignaba asistir, tomó asiento en el extremo de la mesa junto á su padre, á quien Muterel consintió en dejar la presidencia por un resto de consideración. La cocinera de los amos ayudaba á Juanita en la preparación de la comida, pues Coralia, deseando hacer bien las cosas, quiso que su presencia fuera solemnizada con un número de platos mayor que de ordinario. Se había agregado, pues, un pastel al conejo y al guisado de carnero tradicional; también había sardinas, tortas y natillas para los postres, y por último, media docena de botellas de champaña, llegadas la víspera de Saumur, debían completar el banquete.

A pesar de estas magnificencias, la comida carecía de animación. De ordinario comenzaba silenciosamente, pues la sopa se toma siempre en el campo con religioso respeto; después se cruzaban algunas pocas palabras mientras se repartía la carne y las legumbres; al servirse el conejo, desatábanse más las lenguas, y el primer «agujero normando» que precedía á la entrada del asado, imprimíalas una actividad general, desde cuyo momento cada cual decía su ocurrencia.

Pero aquel día, la presencia de los Muterel tenía contenido á todo el mundo. Los criados de la granja y los segadores miraban con una especie de timidez hostil aquella mujer gorda, «la holgazana», como la llamaban, sentada junto al padre Chantavoine con aire solemne, protector y gruñón. No se atrevían á decir nada ni á bromear ante aquella majestad burguesa, y esperaban de su parte una señal que no llegaba.

Y el otro, el nuevo amo, Muterel, sentado á la izquierda de su suegro, no los intimidaba menos. Muterel se agitaba, esforzándose para animar á los comensales, hablando, interpelando, aventurándose á chistes y profiriendo una ruidosa carcajada á cada paso; pero se le contestaba tan sólo con monosílabos, se reía con desconfianza, y todas las miradas dirigíanse con una especie de compasión á Chantavoine, que colocado entre su hija y su yerno, parecía un prisionero, abatido, sin movimiento y sin sonrisa. Y todos se decían por lo bajo:

«¿Qué tiene el amo? ¿Le habrán dado más disgustos?»

Juanita servía, ayudándola la criada de los Muterel, y afanábase lo más posible, llevando los platos, corriendo á sacar sidra de la bodega, y negándose á aceptar el auxilio de los hombres que se levantaban para evitarle trabajo. No era poco motivo de asombro para los concurrentes aquella excitación extrema de la joven, pues sabíase que de ordinario, en la *pasada de agosto*, le agradaba sentarse, hablar y reir, consintiendo de buena gana que aquel día se ocuparan el mozo del corral y el carretero en traer y retirar los platos, y contentándose con vigilar de vez en cuando el fogón. Lo mismo para ella que para su tío, la *pasada de agosto* era día de gran fiesta; era el día

del descanso y de la abundancia, el día en que echaba una cana al aire por tener los graneros repletos las granjas llenas, los almiarés alineados en grandes moles; en una palabra, todas las riquezas conquistadas en un año de trabajo, acumuladas al fin y almacenadas. Y aquella buena gente recordaba que aún el año último había cantado con su fresca voz una canción cuyo estribillo repetían ellos á coro, golpeando los vasos con sus cuchillos. ¿Por qué hoy se negaba á sentarse á la mesa con ellos? ¿Por qué se obstinaba en servir de criada? Muy pronto lo supieron.

La comida continuaba siempre triste; el pastel había circulado á la redonda, y Coralia observaba, no sin despecho, que no había excitado la admiración con que ella contaba. Juanita y la cocinera sirvieron las natillas, que á causa del calor se deshacían lentamente en los platos; entonces Muterel se levantó, y cogiendo una de las botellas del vino espumoso se dispuso á destaparla. La atención general se fijó al punto en él, y todos los ojos brillaron; se deseaba ver cómo saltaría el tapón, y por otra parte, casi ninguno de los comensales había probado nunca el champaña..., sí..., Juan Claudio lo había probado, cuando estaba en el regimiento, cierto día de broma, y decía que era soberbiamente bueno, más agradable al paladar que la misma sidra embotellada. Se había comido y bebido mucho; deseábase diversión, y Coralia no se mostraba ya tan adusta. Cuando el primer tapón saltó prodújose un entusiasmo general; la espuma que llenaba los vasos y desaparecía después, dejándolos casi vacíos, hizo reir mucho; el tapón de la segunda botella fué á dar en una bujía y la apagó, lo cual excitó una ruidosa hilaridad.

Muterel seguía destapando botellas, cuando interpelló de pronto á Juanita:

— ¡Vamos, Juanita, dijo, bastante ha servido usted de criada, y esto no es justo! Es preciso venir á trincar también con nosotros. ¿Acaso no es usted de la familia?

Los comensales aplaudieron frenéticamente estas palabras, porque todos querían á la joven, y enternecieron al ver al yerno del patrón hablarle tan bondadosamente.

Juanita se había detenido temblorosa en medio de la sala.

— ¡Vamos, haz un poco de sitio para que Juanita pueda sentarse!, añadió Muterel, dando un empujón á su vecino de la izquierda.

— ¡Sí, sí, *asiéntese* usted, ama!, gritaron los hombres como electrizados.

Coralia se puso encendida de cólera. «¿El ama? ¿Pues qué era ella?»

En cuanto á Chantavoine, fijó en su yerno y en su sobrina una mirada inquieta.

Juanita no se movía, y continuaba en pie, indecisa, como dispuesta á huir.

— ¡Vaya, vaya!, continuó Muterel, acercándose á ella con paso mal seguro por empezar á subírsele los vapores del vino á la cabeza. ¿Tendré que dar el brazo á la princesa?

Juanita retrocedió ante él precipitadamente.

— Gracias, primo, contestó, no tengo sed; dispénsemse usted.

— ¡Que no tienes sed!, exclamó Muterel, soltando la carcajada. ¡Esta sí que es buena! ¿Se necesita acaso tener sed para beber champaña á la salud de los amigos?

— Sí, sí, gritó la concurrencia. ¡A la salud de nuestra ama!

Muterel llenó un vaso y le dejó sobre la mesa junto á sí.

— ¡Vamos, Juanita, dijo, ven á tomarle; siéntate en el banco, y trinquemos!

La joven vaciló un instante, aturdida; después dió algunos pasos hacia el banco; pero sobrecogióle el horror ante aquel hombre, cuyos ojos brillaban al fijarse en ella.

— ¡No..., no..., no puedo!

Esta contestación produjo un murmullo de asombro; Juanita lloraba, tapándose la cara con el delantal, y Muterel, encolerizado, descargó un puñetazo en la mesa.

— ¡Eso es hacerme un desaire!, exclamó.

— ¡Bah, se aventuró á decir Chantavoine, es que está turbada, y nada más!

— ¿Acaso hemos de ocuparnos de esa señorita hasta mañana?, balbuceó Coralia. ¡Puesto que no aprecia el honor que se le quiere dispensar, que siga sirviendo! No es buena más que para criada.

Se elevaron varias protestas al punto; Juanita había retrocedido hacia la chimenea.

— ¡Es muy terca!, prosiguió Muterel, que se exaltaba. ¿Y será la única que no honre la reunión? ¡Ah, pues no, vas á trincar; ya lo verás!

Al decir esto levantó el vaso, acercóse presuroso á Juanita y la cogió por la cintura. El choque hizo

saltar el champaña por todas partes; el vaso cayó y se hizo pedazos en el suelo; y Juanita, profiriendo un agudo grito, echóse atrás y dió un ruidoso bofetón á Muterel, que soltó su presa mientras que ella huía.

Durante algunos minutos reinó un silencio de estupor; después todos se hablaron en voz baja, oyéndose exclamaciones ahogadas. Algunos, no comprendiendo la menor cosa de aquella escena, censuraban á Juanita, extrañándose de que hubiera llegado á ser tan gazmoña; otros, creyendo comprender algo, burlábanse; y los más, encubriendo mal su satisfacción, reíanse con disimulo de la bofetada que públicamente había recibido el hombre á quien odiaban.

Coralia estaba poseída de un furor que durante largo tiempo no le permitió expresarse más que por monosílabos; después se desató en injurias: aquel insulto á su esposo, al señor alcalde de Varencieres, al futuro diputado, inferido por aquella insignificante mujer con quien había querido bromear un poco, parecíale insufrible.

En cuanto al yerno y al suegro, los dos callaban; el primero, del todo sereno ya, se mordía los labios; mientras que el segundo se estremecía de indignación y de temor.

Muterel comprendió, sin embargo, que se necesitaba una inmediata reacción, y volviendo á su sitio, dijo con tono desdeñoso:

— Puesto que decididamente la señorita Juana no tiene sed, es preciso dejarla por hoy.

Y volviéndose á Chantavoine con ademán amenazador, le dijo:

— Mañana veremos. Por lo pronto ¡á beber, á reir y cantar!

Se bebió, pero nadie rió ni cantó.

La frialdad que al comenzar la comida había paralizado las lenguas, las congeló del todo, sin que el café ni las copas modificaran aquella violenta situación. Los convidados siguieron bebiendo hasta muy tarde, tal vez más que de costumbre; y aunque Coralia se había retirado á sus habitaciones pocos momentos después del lance, su marcha no hizo renacer la alegría. Todos aquellos buenos hombres se fueron á sus casas enteramente bebidos, pero horriblemente tristes: ¡la *pasada de agosto* se había malogrado!

VII

Al día siguiente, Juanita, que se había encerrado en su cuarto, atrancando la puerta, se levantó antes de amanecer, corrió al establo para ponerse bajo la protección de *Mostacho* y del vaquero, y allí esperó los acontecimientos.

Muy de mañana vió á Muterel marchar en su carricoche; entonces respiró y atrevióse á entrar en la casa. La sala estaba desierta, y comenzó sus quehaceres como de ordinario, procurando calmar con el trabajo la espantosa inquietud que la devoraba. Aún no había visto á su tío Juan, y pensó que sin duda se habría ido al mismo tiempo que los carreteros, mientras que ella se hallaba en el establo, pues recordaba que aquel día debía sembrar trébol rojo... Para verle sería necesario seguramente esperar la hora de comer, y ella deseaba mucho hablarle, para saber si estaba demasiado enojado por el arrebato que no le fué posible reprimir al contacto de aquel hombre y por el terror invencible que la inspiraba.

¡Y Coralia! ¿Qué iba á decirle?

Cuando reflexionaba tristemente en esto, fregando el suelo de la sala, la criada de los Muterel entró y le dijo que la señora deseaba hablarle. Juanita se estremeció, pues aún no eran las ocho de la mañana y Coralia no se levantaba antes de las nueve, prescindiendo de que nunca la había llamado así..., pero se hizo fuerte contra la emoción y entró.

La habitación, con las persianas cerradas, hallábase en la penumbra, y se percibía allí cierto olor de pomada y de perfumería de mala calidad. Cuando Juanita abrió la puerta y penetró un rayo de luz, una abultada forma blanca se agitó, haciendo crujir el lecho, y Coralia, revestida de una camisola sucia, pero guarnecida de blonda, se incorporó.

— ¿Me ha enviado usted á llamar, prima?, preguntó Juanita.

— ¡Supongo que ya sabes para qué!, contestó la señora Muterel en voz alta.

— Pero yo...

— ¡Ah, aparentas no saberlo! ¡Pues bien, es para decirte que arregles tu baúl, descarada!

— ¿Cómo? Usted quiere...

— Quiero que no duermas aquí esta noche. Después del insulto que has inferido á mi esposo, no puedes permanecer en la granja.

— Pero, prima, no es culpa mía. Yo no he ido á buscar al Sr. Muterel, sino que él es quien...

— ¡Quieres callarte!
— ¡Ah! Si usted supiera...
— Sé que eres una calamidad, y que ya estoy harta de ti. ¡Qué bien pagas las bondades que te dispensamos!

— Pero mi tío Juan, prima mía...
— ¿Tu tío Juan? ¡Ah! ¿Crees que te necesito para cuidar a mi padre?

— ¡Oh, prima!..
— ¡Basta! Te marcharás esta tarde.
— ¿Y... adónde iré?
— Donde quieras. Eres joven, tienes brazos, y puedes trabajar. Eso te hará cambiar.

— ¿Eso me hará cambiar?, exclamó Juanita, a quien tanta dureza irritaba al fin. ¿Le parece a usted que no trabajo aquí? Procure usted hacer lo que yo hago y ya veremos si podrá estar en la cama a las ocho.

— ¿Lo que haces?, exclamó Coralia furiosa. ¡Yo desempeñar tus faenas! ¡Fuera de aquí, necia, insolente, ó me levanto!..

— Sería una verdadera lástima, porque es muy temprano.

— ¡Te despido, entiéndelo bien, te despido!

Juanita salió indignada, cerrando la puerta de golpe con violencia, y subió seguidamente a su cuarto; pero allí se desvaneció su cólera y cayó sentada sobre su lecho. ¡Marcharse..., ella marcharse!..

Miró por la ventana, y sus lágrimas comenzaron a correr en abundancia. ¡Aquella querida granja de los Muriaux, de la que no había salido nunca, adonde la habían llevado tan pequeña que no se acordaba sino de ella en el mundo; aquellas construcciones que circunían el patio, aquellos manzanos, aquella pequeña cerca por cima de la cual se veía ondular la pradera y aquel vetusto campanario de Berneville, que allá abajo se destacaba entre la verdura!.. ¡Y todos aquellos animales que tanto quería, las vacas que cuidaba, la *Berrenda* que solamente ella sabía ordeñar..., las gallinas, que la seguían por todas partes; los conejos, que cuando entraba en su caseta la miraban como si la conociesen, arrugando el hocico! ¡Era preciso abandonar todo aquello! ¡Y el pobre *Mostacho*, tan viejo ya, que gruñía a todo el mundo excepto a ella! ¡Vamos, seguramente causarían su muerte! Y al pensar en todas estas cosas, en el afecto de todos aquellos animales, se la oprimía el corazón, y parecía que le arrancaban la mitad de su vida.

Y sin embargo, ¿no se hubiera marchado ya a no ser por el tío Juan?

¿No hubiera sido ella la primera en procurar escapar de aquellas continuas y espantosas persecuciones? ¡Sí!.., pero ¿y el tío Juan?

En el momento en que pensaba en él con creciente aflicción, le vio entrar en el patio con su herramienta al hombro, avanzando a largos y lentos pasos y al parecer pensativo y cansado. Levantó la cabeza y la vió; y después de asegurarse de que nadie le espía, dijo en voz casi baja:

— Espérame ahí; tengo que hablarte.
Un momento después la escalera crujió bajo sus pasos. Cuando se presentó en la habitación, Juanita profirió un doloroso gemido, y Chantavoine se detuvo, impresionado al verla llorosa y sollozando.

— ¿Qué más ocurre ahora?, preguntó con desaliento. ¿Qué hay?

— ¡Hay, contestó Juanita, conteniendo sus lágrimas, que me marcho, tío Juan!

— ¿Que te vas?
— Sí; me voy; me despiden.
— ¿Y adónde vas?
— ¿Lo sé yo acaso?
— ¿Y quién te despide?
— La señora Coralia.
— ¡Coralia! ¡Ah! ¿Pues no soy ya amo en mi casa, di?

— No, tío Juan, ya no lo es usted. Bien sabe que no lo es largo tiempo hace.

— Pero todo tiene sus límites, repuso el tío Juan con violencia. ¡Tú eres una Chantavoine y estás bajo mi protección! Tal vez no te despidan de ese modo sin contar con mi voluntad... ¡Vamos, habla, cuenta lo que ha pasado!

Y tomó asiento en la única silla que allí había, tembloroso de emoción.

Juanita estaba demasiado trastornada para ocularle la menor cosa, y le habló de la insolencia de Coralia y de su brutal manera de despedirla.

— Ya sabe usted, tío Juan, añadió, que yo quería permanecer a su lado; mas veo que es preciso marcharme. Si no me voy, habrá disgustos para usted, y en cuanto a mí, Dios sabe cuál será mi suerte. Pero esto no me apura; la señora Coralia tiene razón; ya sabré dónde colocarme bien. En la agencia de sirvientes de Varencieres no faltará quien me proporcione ocupación, pues no ignoran que sé trabajar

Al oír esto, la cólera del viejo estalló.

— ¿Tú irías a la agencia de Varencieres, tú, Juanita? ¡Espera un poco; quiero hablar a Coralia!

— No le escuchará a usted.
— ¡Ahora lo veremos! Aunque no acostumbre a decir nada, no han de obligarme siempre a obrar según su deseo. ¡Yo te recogí, te eduqué y te guardo, pardiez; y por lo pronto sería faltar a mi hermano... aunque haya muerto!..

Chantavoine se había levantado, y paseó algunos instantes por el aposento, contraído el rostro por una expresión de rencor.

— ¡Y pensar que todo esto, continuó, es culpa de mi hermano! Si él no se hubiera comido toda su hacienda, yo no te tendría ahora a mi cuidado, ni tú me necesitarías. Tal vez estuvieras casada, quizá con uno que valdría tanto como mi yerno, por lo que hace a la instrucción...
— ¡Oh, tío Juan!

— Sí, ya sé que odias a Muterel. ¡Pues yo también! Y veo que tienes razón. Ya he observado su manera de portarse, pues no se ha de creer que estoy ciego... Esto no impide que ayer no viera nada de particular en que te invitara a beber...
Juanita se retorció los brazos.

— ¡No pude, tío Juan; no pude!

— No por eso te guardo rencor; pero estando yo allí, no había peligro... ¡Y además, le diste tan fuerte bofetón!..

— ¡Por lo mismo comprenderá que es preciso que me vaya!

— ¡Eso es! Será preciso que te vayas... Pues y yo, ¿qué será de mí entonces?

Chantavoine se encolerizaba, y no vió la mirada sumisa y suplicante que en él fijaba Juanita.

— Te marcharás dejándome solo, continuó, después de haberte dado de comer hasta el día de hoy. ¡Vas a buscar trabajo! ¿Y cuál encontraré yo? Preciso será decir que cuando uno llega a viejo, valdría más que le mataran.

— Pero tío Juan, ¿qué quiere usted que haga?, exclamó Juanita con desesperación. Yo no puedo quedarme si me despiden, yo no soy quien le abandona, bien lo sabe usted. ¡Estará solo con Coralia, que le cuidará bien..., yo no volveré a verle a usted más!

Una amarga sonrisa entreabrió los labios de Chantavoine; sus ojos se dilataron, y permaneció mudo algunos instantes, con el rostro tembloroso y la mirada fija en el suelo.

— Crees que Coralia me cuidará bien, repuso con voz sorda. ¡Pues no, yo te digo que no me cuidará bien!

— Me ha dicho...
— Lo que ha querido; pero yo sé que no me cuidará bien. Y todo eso por una sola cosa... Preciso será que acabe por decirlo..., porque sólo puedo servirme de una palabra... Todo es porque...
En aquel momento sobrevino una especie de hipo al tío Juan; hizo una mueca; sus ojos se dilataron, y todo su despecho, sus decepciones, su profundo é irreparable dolor tradujéronse a la vez en quejas desgarradoras, mientras que Juanita, poseída de éspanto, le abrazaba y suplicaba que no se desconsolase así.

— ¡Ah, no me ama, no me ama! ¡Largo tiempo hace que lo sospecho, pero no quería creerlo!.. ¡Y yo que la amo tanto!.. ¡Qué estúpido es uno en querer mucho a los hijos!.. ¡Ni siquiera me mira ya, y podría morirme sin que a ella le importase nada!.. ¡Yo te aseguro que sí, por más que digas lo contrario!.. ¿Vas a defenderla tú ahora?.. ¡Qué mala idea tuve al firmar aquel papel! ¡Estoy por completo en su poder! Me he anulado del todo; soy viejo, y las piernas me flaquean... Muy pronto no podré trabajar..., y todo esto progresa de continuo. Siento como si se me hubiera roto alguna cosa aquí dentro... ¡Basta ya de zalamerías!, añadió el tío Juan, rechazando a Juanita con cólera. ¡Tú tampoco me amas!

— ¡Oh, cómo es posible!

— Después de morir mi mujer, continuó Chantavoine, no valía la pena hacer tanto la mimosa. «Tío Juan, me decías, no le abandonaré a usted jamás; se lo prometo por Dios...» Parece que ya no te acuerdas de esto... Este pobre hombre no puede ya valerse; seguramente caerá enfermo muy pronto; no tiene ya nada en el mundo... ¡Pues bien, que muera abandonado!

— ¡Tío Juan, tío Juan! ¡Yo desearía quedarme, le quiero a usted mucho..., no es culpa mía!

Esto era demasiado; la fuerza moral de Juanita había sufrido una prueba sobrado ruda durante largo tiempo. La escena de la víspera, y las que acababan de ocurrir, una tras otra, la habían postrado, y ya no podía más; le sobrevino una crisis nerviosa, y cayó en su lecho, presa de un paroxismo de desesperación, profiriendo agudos gritos.

La exaltación de Chantavoine se desvaneció al

punto ante aquella crisis violenta; en medio de su pesar le consoló el espectáculo de aquel otro dolor; su egoísmo quedó lisonjeado; y al mismo tiempo, un sentimiento mejor, el verdadero cariño que profesaba a la pobre joven, se despertó con fuerza en él. Comprendió que en realidad ella era la que más adhesión le tenía, y que no le abandonaría por su gusto. Recordó las pruebas de abnegación que le había dado; repasó mentalmente con viveza la vida atroz que sufría por causa de él, y pensando en su dureza, experimentó remordimientos.

— Está bien, dijo con voz enternecida; no te aflijas así. Ya sé que tienes buen corazón, y tan acostumbrado estoy a ti, que no podría prescindir de tenerte a mi lado.

Juanita se había calmado poco a poco, y sonrió a Chantavoine a través de sus lágrimas.

— Voy a ver a Coralia, continuó el tío Juan; no es tan mala como parece, pero el orgullo la domina. No podrá negarse a que te quedes, y si se niega... ¡Pues bien, me marcharé contigo! Veremos qué dirán entonces, cuando me hayan obligado a marcharme y sea necesario que tú me mantengas. ¡Deberán ser bien canallas para no quedar corridos de vergüenza!

Y Chantavoine, sin esperar contestación, salió del aposento y bajó la escalera con pie firme.

Por primera vez desde hacía largo tiempo, Juanita experimentó un sentimiento de alegría: el hombre a quien había consagrado su afecto le hacía justicia, y parecía que no había comprado demasiado caras aquellas palabras que consolaban al fin su corazón quebrantado...

Pero cuando estuvo sola, el horror de su situación se le representó de nuevo. ¿Qué iba a resultar de la conversación que Chantavoine tendría con su hija? Probablemente nada bueno. Era estúpida, obstinada y vanidosa; su marido, furioso por el insulto público de la víspera, la habría predispuesto indudablemente en contra suya, y además, de nada servían razonamientos ni reflexiones con semejante mujer. Por otra parte, Chantavoine era a la vez violento y débil; tal vez se arrebatará hasta el furor, ó bien iba a ceder y humillarse. Si se dejaba llevar de su cólera, el dolor que le causaría separarse de su hija, romper irremediabilmente con ella, le sería muy pronto fatal. Y ¿qué sería de Juanita sin recursos, con aquel viejo enfermo, loco tal vez? Si consentía por timidez, por cobardía de alma, en sacrificarla, ¿qué sería del pobre hombre, entregado sin defensa, por la indiferencia de una hija indigna, al odio de un yerno ávido de des- embarazarse de él?

Cuando hacía estas dolorosas reflexiones, la voz de Chantavoine llegó a sus oídos, alta, amenazadora, y al mismo tiempo, también la de Coralia, áspera y penetrante. La disputa había comenzado al punto, con una violencia terrible, a juzgar por los ecos ruidosos que llenaban toda la casa. Parecióle luego que Chantavoine bajaba de tono, dominado por las réplicas cada vez más chillonas de Coralia; después la voz del viejo se ensordeció, degenerando en modulaciones suplicantes; al fin la señora Muterel habló sola mucho tiempo, y sus palabras, aunque ininteligibles para Juanita, llegaron hasta ella como un rumor de amenazas, con entonaciones duras, y a manera de *ultimatum* desapiadadamente impuesto. Después reinó el silencio, y Juanita salió a la escalera, pero vió a su tío de pie en el primer peldaño; Chantavoine le hizo seña de que entrara en su aposento, y subió.

¡Ay! Ya no tenía la expresión resuelta ni la actitud atrevida de antes. Tímido, confuso, avergonzado de sí mismo, sentóse pesadamente.

Y como Juanita le mirase con ansiedad, díjole penosamente:

— He aquí lo que hay. Consiente en que te quedes..., pero... con ciertas condiciones.

— ¿Qué se ha de hacer, tío Juan?

— Quiere que pidas perdón a Muterel.

— ¡Oh!

— Dice que le has abofeteado delante de la gente, y que es preciso que te disculpes delante de todos también, esta misma noche, después de cenar.

— ¿Y si no me disculpo?

— Será preciso que te vayas... ¡Oh! He hablado fuerte; he dicho que me marcharía contigo.

— ¿Y qué ha contestado?

— Que sería una desgracia, pero que tanto peor para ti si te obstinas.

— ¿Y entonces?

— Pues... entonces... no sé; tú verás lo que debes hacer...

Juanita reflexionó. De este modo jamás acabaría de apurar el cáliz; siempre quedaría en el fondo una hiel más amarga, y sería preciso beberla... La joven suspiró dolorosamente, y sus manos se unieron en ademán de súplica...

(Continuará)

EL GENERAL D. IGNACIO ANDRADE

El general Andrade ha sido elegido recientemente presidente de la república de Venezuela en sustitución del general D. Joaquín Crespo, debiendo posesionarse de su cargo en febrero próximo.

D. Ignacio Andrade nació en 31 de julio de 1839 en Maracaibo, siendo su padre gobernador de la provincia; pertenece a una de las familias más ilustres de Venezuela, y hace treinta años viene prestando sus servicios a la república, habiendo desempeñado los gobiernos de Falcón, Zulia, Zamora y finalmente de Miranda, puesto que desempeñaba al ser elegido para la presidencia.

Es hombre de experiencia, capaz de continuar la obra de su predecesor, asegurando, por medio de una sabia administración, la prosperidad de su patria, tan fecunda en riquezas naturales.

El general Crespo, elevado al poder después de la revolución de 1892, consagró todos sus cuidados a hacer valer esas inmensas riquezas: gracias a su gobierno liberal, a su administración prudente y progresiva, desarrolló todas las fuerzas vivas del país, guardándose muy mucho de lanzarlo a un camino de aventuras. Desde el punto de vista de las relaciones exteriores, supo llevar a feliz término varias cuestiones importantes, entre ellas las delicadas negociaciones relativas a la indemnización a los franceses víctimas de la revolución de 1892.

El nombramiento del general Andrade para la suprema magistratura venezolana se considera como una garantía de la continuación de esta política y se espera con impaciencia su instalación en el poder precisamente por los disturbios que de poco tiempo a esta parte se han producido en aquella república y que se hallan agravados por una crisis financiera, confiándose en que el nuevo presidente logrará con su talento y su prudencia restablecer la normalidad en aquel país.



El general D. Ignacio Andrade, recientemente elegido presidente de la República de Venezuela (de fotografía)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

REVISTA CONTEMPORÁNEA. - El último número de esta importante revista madrileña contiene notables artículos de García Maceira, Bullón Fernández, Alzola, Gómez Chaix, Pedreira, Gil Maestre, Olmedilla y Puig, Rodríguez Intilini, Vergara y Martín y María Belmonte.

LA REVISTA MÉDICA DE PUERTO RICO. - El último número de esta revista inserta varios artículos y noticias interesantes a los médicos y farmacéuticos.

EL MONITOR POPULAR. - El último número de este periódico que se publica en Lima contiene curiosos artículos de agricultura, geografía y artes gráficas, varias noticias, recreaciones científicas y prescripciones útiles y algunos grabados.

ALMANAQUE SUD-AMERICANO. - Editado por la casa barcelonesa de Espasa y C.ª, se ha publicado este almanaque, propiedad de «El siglo ilustrado», correspondiente a 1898. No siendo necesario elogiar esta publicación tan popular en América, nos limitaremos a decir que sus 224 páginas contienen interesantes artículos y bellísimas poesías de los más reputados literatos españoles y americanos, y multitud de dibujos de artistas tan justamente reputados como Pellicer, Mestres, Pascó, Cabrinety, Esteban, Cilla, Eriz, Gascón, Nicolau Cotanda y otros.

CONSULTOR AVÍCOLA. - El último número de esta publicación, órgano de la Granja agrícola de San Luis, contiene interesantes trabajos sobre la alimentación de los conejos, el huevo de Langshan y desinfección y saneamiento de gallineros y palomares.

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disponen casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZI-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÁJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA FARMACIA DELABARRE DEL D^r DELABARRE

CÁPSULAS DE Quinina de Pelletier
 ó de las 3 Marcas

ADOPTADA por todos los médicos, en razón de su eficacia, contra *Jaquecas, Neuralgias, Fiebres intermitentes y palúdicas, Gota, Reumatismo, Lumbago, fatiga corporal, falta de energía.* Soberanas para detener el estado febril de un resfriado ó una enfermedad en su principio. Una cápsula representa una copa de Quina. Más solubles, más fáciles de tomar que las píldoras y grageas, han resuelto el problema de la Quinina barata. Frascos de 10, 20, 100 cápsulas.
 En PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

P. MÈRE DE CHANTILLY
 Orléans - France

UNGUENTO ROJO MÈRE
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esquinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien a todos los animales.

BLACK MIXTURE MÈRE
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FARMACIA BRIAINT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. EXIBARD y C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Hájase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los SEÑOS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
 Escribir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobresimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
ERGOTINA BONJEAN
 Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
 Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acanthosis y Dermatitis.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{an} Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

EDUARDO HAGERUP GRIEG

CÉLEBRE COMPOSITOR Y PIANISTA NORUEGO

Este distinguido músico nació en Bergen (Noruega) el 15 de junio de 1843, y a su madre, señora muy instruída y notable pianista, debió las primeras nociones en el arte á que con tanto entusiasmo ha seguido dedicándose. Cuando contaba quince años de edad, pasó recomendado por el famoso violinista Ole Bull al Conservatorio de Leipzig, donde estudió piano bajo la dirección de Moscheles, composición bajo la de Reinecke y Rietz y contrapunto y armonía bajo la de Richter y Hauptmann. Cinco años después trasladóse á Copenhague, y allí, aleccionado por Niels Gade y su hermano político Emilio Hartmann, hizo rápidos progresos en el arte de la composición. Unióse con estrecha amistad con Ricardo Nordraak, joven compositor que indujo á Grieg á fijar toda su atención en las melodías del Norte que tan considerable influjo habian de ejercer en su carrera. En 1866 Grieg fundó la Asociación musical de Copenhague. Durante las visitas hechas en 1865 y 1870 á Roma, fué compañero inseparable de Liszt, quien reconoció y admiró su talento. En varias de sus estancias en Leipzig dió á conocer muchas de sus obras, en especial su concierto para piano en *do* menor que le proporcionó mucha fama. Desde mayo de 1888 hasta la fecha ha dado á conocer en Londres varios de sus cantos noruegos, con el auxilio de su esposa, excelente cantante y fiel intérprete de tan inspiradas composiciones, en especial las *Dos melodías elegíacas* que produjeron gran entusiasmo en aquella capital, donde se le ha dado el nombre de «Chopin escandinavo.» El 12 de junio de 1892 Grieg celebró sus bodas de plata en su preciosa quinta de Troldhaugen cerca de Bergen, adonde acudió gran muchedumbre, compuesta de admiradores y de todas las sociedades musicales de las inmediaciones, que aclamaron á su eminente compatriota. En Barcelona conocemos algunas de sus composiciones, delicadamente cantadas por el *Orfeo catalá*, ó ejecutadas en algunos conciertos, composiciones que han confirmado entre nuestros aficionados la fama alcanzada por Grieg en diferentes capitales del Norte de Europa. Hoy este inteligente músico, que se halla en el pleno dominio de su arte, continúa dedicado á él con el mismo ó mayor anhelo que en sus primeros tiempos.



EDUARDO HAGERUP GRIEG, célebre compositor y pianista noruego

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION POR AUTORES Ó EDITORES

MEMORIA DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DE SAN SEBASTIÁN. — Esta memoria, leída en la solemne apertura del curso académico de 1897 á 1898 por el secretario de dicha escuela D. José de la Peña, es una demostración elocuente de la envidiable altura alcanzada por esta institución y de los inmensos servicios prestados á la clase obrera en los diez y ocho años que lleva de existencia.

CÁNOVAS JUZGADO POR LOS ARGENTINOS. — D. R. Monner y Sans, deseando, á fuer de entusiasta patriota español, rendir un tributo á la memoria del ilustre estadista asesinado en Santa Agueda, ha reunido en un interesante folleto los juicios emitidos por los principales personajes de la República Argentina acerca del eminente hombre público, formando con ellos una corona fúnebre que merece el aplauso de cuantos nos interesamos por las glorias de nuestra patria. El folleto ha sido editado en Buenos Aires por F. Lajouane.

PANORAMA NACIONAL. — Los últimos números de esta importante publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles contienen reproducciones de monumentos y sitios notables de Palma, Cuenca, Zaragoza, Soria, Barcelona, Santiago, Sacro Monte, Miraflores, Baeza, Ceinos, Menorca, Segovia, León, el Escorial, Jaén, Avila, Soria, Santiago, Alicante y Lérida, vistas de Ripoll, del puerto de Mahón y Hernani, copias de los célebres cuadros *La rendición de Breda*, de Velázquez, y *El martirio de San Bartolomé*, de Ribera, y dos grandes vistas panorámicas de Toledo y Sevilla. Véndese á 70 céntimos cada uno.

SOR MILAGROS Ó SECRETOS DE CUBA, por Aurelio Pérez Zamora. — Interesante narración de costumbres cubanas en la que el autor relata en forma novelesca y enlazados dentro de una acción principal varios cuadros y episodios históricos acaecidos en Cuba hace más de cuarenta años, cuya descripción está hecha con esa elegante sencillez que tan bien sienta cuando se trata de la reproducción de lo vivido, de la verdad personalmente observada. El libro ha sido impreso en Santa Cruz de Tenerife por el editor F. S. Molowny.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS DE JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS
 DE LAS ENFERMEDADES DE LAS
PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS en Paris
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDÈS et Co. B^o St-Denis 16

VINO AROUD
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR** prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS:
I - CARNE - QUINA
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II - CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^o, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 en BISMUTO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Elegir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Ab. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los **fuujos**, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de fuujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadegastrica, Congestionen curados ó prevenidos.
 (Rotulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso
 Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas».)
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita: 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados. Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmaceutico de 1^a Clase, ex-Interno de los Hospitales PARIS — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRÍADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS**.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAQUECAS Y NEURALGIAS**
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

PAPEL WLINS
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

CARRERAS-CAZA
EMBROCACIÓ MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN